BOLSILIBROS
BRUGUERA
CIENCIA
FICCION
SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

EXPLORADOR DE LAS ESTRELLAS

glenn parrish

CIENCIA FICCION



Explorador de las estrellas

Glenn Parrish

La Conquista del Espacio/229

CAPÍTULO PRIMERO

Ron Kary se pasó el índice entre su cuello y el de la guerrera corta que vestía, de color ocre claro, mientras pensaba que el uniforme que les habían dado no parecía demasiado práctico en aquel lugar y circunstancias. Le habría gustado una indumentaria más informal —no se podía negar que la que usaba no fuese cómoda—, pero el calor apretaba de firme y el cuello de la prenda le ahogaba a veces.

Hombres y mujeres vestían de la misma manera. La guerrera llegaba sólo a diez centímetros de las caderas y era bastante ajustada al cuerpo, lo que en el caso de las mujeres proporcionaba visiones reconfortantes. El resto eran pantalones cortos, de un color algo más oscuro, hasta quedar más arriba de medio muslo, y botas blandas, suaves y muy cómodas, con medio tacón las femeninas, pero, por lo demás, enteramente iguales a las de los hombres. El color de las botas era negro y la caña pasaba sólo diez centímetros del tobillo.

Salvo el cierre relámpago y una tira, con el nombre y el número de serie, situada junto al hombro izquierdo, el uniforme no ostentaba ningún otro distintivo. Eran en total seiscientas personas, de ambos sexos, mitad y mitad, y todos jóvenes, fuertes y saludables. La edad mínima era de veintiún años y los más viejos no pasaban de los treinta. No había casados; todos eran solteros.

En la puerta exterior del recinto en el que había entrado dos días antes y del que ya no saldría en bastante tiempo, había un gran rótulo:

ACADEMIA DE EXPLORADORES DEL ESPACIO
INTERESTELAR

El rótulo estaba escrito en una docena de idiomas terrestres. En cuanto a los futuros exploradores, aparte de su juventud y de su perfecto estado físico, cosa comprobada en los reconocimientos médicos previos, pertenecían a todas las razas humanas.

Los seiscientos alumnos estaban situados en el exterior, bajo la sombra de una gran carpa, sin lonas laterales, hacía un calor horroroso. Regaderas automáticas humedecían el césped y los

árboles colindantes, pero no impedían que el sol enviase furibundos rayos de lo que parecía plomo derretido.
Frente a las hileras de sillas en que estaban los aspirantes a explorador espacial, había una tarima, con una mesa y tres sillas. De pronto, un trío de individuos, de edades que oscilaban entre los cuarenta y los sesenta años, apareció bajo la carpa.
Dos de ellos vestían uniforme análogo al de los cadetes exploradores, si bien ostentaban insignias militares. El tercero llevaba puesta una simple bata blanca.
Uno de los hombres de uniforme se dirigió a la concurrencia por medio de un micrófono. Todos le conocían ya; era el coronel Makhibur, director del centro.
—Señores alumnos, les presento al profesor Wallabee —dijo—. El profesor les va a explicar ahora mismo los motivos de su entrada en esta Academia de Exploradores Interestelares.
Ron Kary aguzó el oído. El, como seiscientos más, había acudido a la llamada formulada por el Ministerio de Astronáutica del Gobierno Superior terrestre. En realidad, habían sido miles, incluso decenas de miles los aspirantes, pero sólo seiscientos habían pasado las pruebas exigidas. Kary era uno de los mayores; tenía veintiocho años y medio. Por dieciocho meses, había podido ser admitido. Los de treinta años cumplidos ya no podían ser exploradores del espacio interestelar.
«Interestelar». Kary repitió la palabra mentalmente. La aventura podía resultar maravillosa, porque significaba viajar en el espacio que había entre las estrellas... más allá del oscuro confín del Sistema Solar, en las profundidades siderales en que ninguna nave se había aventurado hasta entonces.
Una vez más, Ron maldijo el asfixiante calor. Pero, de pronto, volvió a oír la voz del coronel Rawson:
—Señoritas, caballeros, el profesor Wallabee tiene la palabra.
El hombre de la bata blanca adelantó un paso. Contaba unos cincuenta años, era algo cargado de hombros y ya tenía canas en las sienes. Su mirada era firme, resuelta; brotaba de los ojos de un hombre con visión del futuro.
—Amigos míos, tengo algo muy importante que decirles a todos —exclamó—. Y no voy a emplear retóricas ni discursos evasivos. Iré directamente al grano: La Tierra está a punto de desaparecer, como miembro de la familia de planetas del Sistema Solar.

* * *

—Todos ustedes —continuó Wallabee, después de sus primeras palabras— habrán notado, desde algunos años a una parte, anormales elevaciones de temperatura durante los veranos y también la benignidad de los inviernos, salvo en las zonas polares, por

supuesto. En un principio se creyó estábamos en el principio de una era de calor, que precedería a una glaciación. Desgraciadamente, no ha resultado así.

»Dentro de ochenta, cien años como máximo, la Tierra se precipitará en el horno que es nuestro Sol y arderá como una simple pavesa. Algo, aún no se ha podido averiguar qué es, ha modificado la órbita de nuestro planeta. De ser una elipse, ha pasado, sencillamente, a ser una espiral.

Se oyeron unos murmullos. Las palabras de Wallabee parecían demasiado fuertes a los alumnos.

—No lo duden, amigos míos —continuó el profesor—. Equipos constituidos por los más prestigiosos científicos, dotados de los aparatos más modernos, incluidas las superperfeccionadas computadoras que últimamente se han fabricado, han llegado a esta conclusión: a cada vuelta que da la Tierra en torno al Sol, la distancia disminuye..., que es lo que sucede cuando se sigue una curva en espiral, en la dirección de su centro.

Kary contuvo el aliento. Sí, Wallabee tenía razón; aquellas anormales temperaturas no podían explicarse de otro modo. Cada vuelta de la Tierra en torno al Sol era un año... y cada año, la distancia era menor.

—La distancia media de la Tierra al Sol es de ciento cincuenta millones de kilómetros. Las últimas mediciones —dijo Wallabee—, señalan que esa distancia se ha reducido a ciento cuarenta y un millones. Dentro de veinte años, la distancia será de ciento veintiún millones. Para entonces, no habrá ya vida humana en el planeta..., a menos que ustedes hayan encontrado alguno habitable, a donde evacuar los sobrevivientes, para que puedan perpetuar nuestra raza humana.

»En total, se van a enviar veinte naves, cada una de las cuales estará ocupada por doce parejas de ambos sexos, que se elegirán mediante una tabulación de gustos y afinidades. Las veinte naves partirán en distintas direcciones, hacia los sistemas estelares más próximos. El viaje durará de seis a veinticuatro meses, según los casos.

»Por supuesto, los exploradores viajarán dormidos, en estado de hibernación o suspensión animada, como gusten. Las naves que terminan de construirse en la actualidad son perfectísimas; cada una de ellas poseerá los mecanismos necesarios para despertar automáticamente a los presentes, en el momento en que sus sensores detecten la proximidad a un planeta habitable, esto es, similar a la Tierra, con agua y oxígeno suficientes para la vida.

»Las pruebas que se realizarán en esta Academia 8 —continuó Wallabee—, serán muy duras. En realidad, veinte tripulaciones de veinticuatro parejas, suman cuatrocientas ochenta personas. Sobran, por tanto, ciento veinte, pero es preciso tener en cuenta las bajas

naturales y el hecho de que, inevitablemente, alguno de los presentes no superarán la calificación mínima. Puede que se encuentren con un ambiente sumamente hostil pero todos ustedes se hallarán capacitados para sobrevivir aun en las circunstancias más adversas.

»Dentro de seis meses, estarán perfectamente instruidos. Pertenecemos a una civilización altamente tecnificada y vamos a despertar en ustedes los instintos del hombre primitivo, unidos a sus conocimientos científicos. Sabrán, desde encender el fuego con dos palitos y construirse hachas de sílex, a fabricar, incluso, un aeroplano y, por supuesto, medios de comunicación y transporte con los elementos y pertrechos que cada nave llevará a bordo. En suma, aprenderán a vivir como los hombres del Paleolítico, con los conocimientos del siglo XXI.

Wallabee calló. Un gran silencio se expandió bajo la carpa de lona.

De repente, Kary creyó que el profesor había olvidado algo muy importante y alzó la mano, como indicando sus deseos de hablar.

—Adelante, muchacho —dijo Wallabee.

Kary se puso en pie.

—Profesor, no tome mis palabras como reproche, pero creo que ha olvidado algo fundamental —manifestó—. Es de suponer que, en un planeta habitable, vivan seres inteligentes, con nuestra forma u otra cualquiera. En tal caso, si no conocemos su lenguaje, ¿de qué manera nos comunicaremos con ellos?

Wallabee sonrió,

—Esperaba que alguien me hiciera esa pregunta —declaró—. Y la respuesta es muy sencilla: aquí se les convertirá a ustedes en telépatas.

—Muchas gracias, profesor.

Kary se sentó. Volvió un poco la cabeza. A su derecha había una hermosa muchacha de tez canela y vivos ojos negros. Era fuerte, de senos rotundos y sólidas caderas, la pareja ideal para luchar y sobrevivir en un mundo hostil. Se llamaba Anya K'Tsongo.

—Me gustaría emparejarme contigo, Anya —dijo.

—Sí, Ron —contestó la muchacha, sonriendo abiertamente.

Seis meses después, Ron y Anya fueron nombrados exploradores interestelares, con los números 43 y 39, lo que significaba una de las más altas calificaciones. Cuatro semanas más tarde, la nave número 7 zarpó rumbo a las estrellas, con doce parejas en su interior, todos ellos sometidos a hibernación.

Año y medio más tarde, los sensores despertaron a Ron Kary. La nave número 7 se hallaba en las inmediaciones de un planeta habitable.

CAPÍTULO II

Kary se sentó en el lecho en donde había dormido durante dieciocho meses. Lo supo cuando consultó el reloj calendario individual, que tenía frente a sí, ajustado al tiempo terrestre.
Sintió los miembros envarados. Era lógico después de año y medio de absoluta inmovilidad. Recordaba muy bien las instrucciones recibidas para el momento de recobrar la consciencia. Debía realizar la tabla de ejercicios físicos prescrita en el reglamento, la que se llevaría a cabo gradualmente, con las debidas etapas, hasta que volviese a recobrar su plena forma física.
Un aparato automático vertió agua en un vaso. El líquido estaba mezclado con un estimulante. Kary bebió y sintió que se alejaba el torpor de su mente. Luego se puso en pie.
Hizo quince minutos de ejercicio. Ahora debía comer. En el salón estaban situadas las dispensadoras de alimentos, aparte de los que se podrían tomar de las despensas donde se almacenaban víveres suficientes para cinco años.
El silencio era absoluto a bordo de la astronave. Kary llegó al salón y lanzó una mirada a través de una lucerna. Al fondo, a unos sesenta mil kilómetros de distancia, se divisaba un planeta de color blanco y azul. «Como la Tierra», pensó.
Todavía no había aparecido ninguno de sus compañeros. Ya le habían advertido que no todos despertarían al mismo tiempo; podían producirse intervalos de hasta cuarenta y ocho horas. El había sido el primero en levantarse; bien, los otros ya aparecerían más tarde.
Sentía vivos deseos de ver a Anya y conversar con ella. Habían congeniado muy bien. La raza no importaba. Kary estaba seguro de que Anya sería su pareja para el resto de sus días.
Comió con buen apetito. Luego se dirigió a la cámara de mando. Cada uno de los tripulantes estaba capacitado, no sólo para gobernar la nave, sino también los pequeños botes de exploración destinados a la maniobra de aproximación al suelo. La nave debía permanecer en el espacio constantemente, orbitando en torno al planeta recién descubierto.
En la cámara de mando examinó los instrumentos. Uno de ellos le dio el dato que buscaba: en aquellos dieciocho meses de sueño, la nave número 7 había recorrido treinta y seis años luz.
—No está mal —se dijo.
Al cabo de un rato, volvió a realizar una nueva tanda de ejercicios físicos. A cada minuto que pasaba, se sentía mejor.
Doce horas después de haber despertado, empezó a notar que era extraño que fuese el único de los tripulantes que estaba en pie. Aquello no era normal, pensó, con cierta alarma. El momento de recobrar la consciencia no era fijo para cada uno, pero Kary sabía

que, por lo menos, la mitad de sus compañeros debían de estar ya despiertos.
Decidió acercarse a la habitación de Anya. El nombre de su ocupante figuraba en cada puerta. Kary abrió la de Anya.
Ella dormía aún, con los brazos a lo largo del cuerpo. Sin embargo, Kary notó un olor extraño, dulzón, que los sistemas de acondicionamiento de aire no habían conseguido disipar del todo.
Sintió un escalofrío. Fijó la vista en el pecho de Anya. Estaba completamente inmóvil.
—Bueno, es que en hibernación, el pecho no se mueve como cuando se duerme...
Se acercó a la muchacha y tocó uno de sus brazos. Entonces ocurrió algo horrible.
Anya se convirtió en polvo.

* * *

Fue una cosa rapidísima, que duró menos de un minuto. Antes de que hubieran transcurrido sesenta segundos, Kary tenía ante sus horrorizados ojos un blanco esqueleto, cubierto apenas por unas fláccidas prendas de ropa.
Retrocedió. El sistema de ventilación absorbió el polvo orgánico. Kary se sentía terriblemente mal.
¿Qué había fallado en el sistema de hibernación para que Anya, según todos los síntomas, hubiese muerto a poco de zarpar la nave?
Loco de terror, corrió a la habitación siguiente. Estaba ocupada por Pedro Álvarez, número 127 de la promoción. Un minuto más tarde, Álvarez era sólo un esqueleto.
Quince minutos después, Kary, espantado, comprobaba que a bordo de la nave número 7 sólo quedaba un ser humano vivo y veintitrés esqueletos.
Era el único superviviente.

* * *

La cordura y la sensatez se impusieron en Kary cuando, al fin, se hubo convencido de la amarga realidad. Por causas que ignoraba, seguía con vida. Wallabee ya lo había advertido: muchos morirían, quizá en el viaje, acaso durante las exploraciones. Nadie, sin embargo, había retrocedido ante los riesgos.
Todos estaban convencidos de que su actitud podía significar la salvación para la Tierra, amenazada de desaparición. Los mismos padres de Kary le habían animado a presentarse voluntario.
—¡Hay que salvar a la Tierra! —había sido la frase común en miles y miles de personas.

Kary no pensó ya en las diecinueve restantes astronaves. El había llegado a las inmediaciones de un planeta. Tenía una misión que cumplir; no bastaba simplemente con explorar aquel mundo habitable desde el espacio.
Por otra parte, la trazadora de rumbos había grabado el seguido por la nave. La vuelta a la Tierra y el siguiente viaje resultarían una cosa sencilla. Sin embargo, recomendaría el abandono del sistema de hibernación: los siguientes viajeros debían llegar vivos a su destino.
Ni siquiera quiso dar un nombre a aquel planeta. Podía estar habitado. Los nativos le habrían aplicado algún nombre en tal caso.
Durante horas, realizó una labor nada agradable, pero necesaria. Los veintitrés esqueletos fueron lanzados al espacio. Kary pensó que era la mejor tumba para unos exploradores que ni siquiera habían llegado a cumplir su cometido. Descenderían poco a poco, siguiendo una órbita espiral, y se incendiarían, convirtiéndose en cenizas, en la fricción con la atmósfera.
Luego empezó a preparar el desembarco.
Eligió su equipo de supervivencia, con armas, no por los habitantes inteligentes, sino por los posibles animales hostiles. El pequeño cohete auxiliar estaba alistado de antemano.
Comprobó los instrumentos. Luego se separó de la nave.
Cayó velozmente hacia el planeta. A medida que se acercaba, podía ver sucesivos detalles del planeta. Los sensores habían indicado ya los principales datos: atmósfera perfectamente respirable, agua en abundancia, diámetro ligeramente inferior al de la Tierra y gravedad 0’92, considerando como 1'00 la de la Tierra. No se podía pedir más.
La nave se posó al pie de un alto promontorio rocoso, no lejos de un caudaloso río, bordeado de árboles bastante parecidos a los terrestres. Kary respiró a pleno pulmón el aire embalsamado de mil olores silvestres. Era un lugar maravilloso para vivir. Se preguntó cuántos planetas habrían sido «rechazados» por los sensores de la astronave durante el viaje.
Aquel planeta había sido considerado «aceptable» y ya estaba allí.
Lo primero que hizo fue desembarcar su equipo. Las instrucciones recibidas respecto a la exploración eran bastante liberales en cuanto a tiempo: podía emplear desde dos semanas a seis meses en la operación pero nunca más.
Una vez hubo terminado el trabajo, tomó el mando portátil de la navecilla y la envió por control remoto a la nave principal. Luego escondió el aparato en una anfractuosidad de las rocas, junto con parte de! equipo, que no necesitaría utilizar por el momento.
A continuación, avanzó hacia el río, por la explanada en pendiente que había y que empezaba al pie del promontorio. A lo lejos divisó una gran cordillera, con las cumbres resplandecientes de blancura.

Perfecto, había nieve incluso, lo cual representaba otra ventaja para la habitabilidad de aquel planeta.
De repente, cuando ya estaba a cien metros del río, en el que pensaba darse un refrescante baño, un animal pasó corriendo a toda velocidad por delante de él.
Era un cuadrúpedo, cuyo cuerpo tenía un volumen ligeramente superior al de un cerdo terrestre. Sin embargo, poseía una singular finura de líneas y en la cabeza, situada al final de un cuello largo y esbelto, ostentaba una cornamenta en forma de lira. Los dos cuernos principales se subdividían en otros dos a un palmo de su base.
Las patas eran largas, finas, pero robustas. La piel tenía un tono leonado claro, con manchas blancas y negras en el lomo. Aquellas patas permitían al cuadrúpedo una enorme velocidad, inferior, sin embargo, a la larga flecha que, inesperadamente, se clavó en su flanco izquierdo.
La bestia rodó fulminada por tierra. Kary vio la flecha y descolgó el fusil de su hombro, aprestándose a enfrentarse con un posible peligro.
A los pocos instantes, vio surgir al cazador desde un grupo de arbustos situado a veinte pasos.
Era una cazadora.

* * *

La mujer avanzó unos cuantos pasos, antes de darse cuenta de que había alguien en las inmediaciones del antílope recién abatido. Durante unos segundos, contempló estupefacta al hombre alto, de pelo negro y rostro atezado —ella no podía saber que artificialmente —, vestido de una forma extraña, que había aparecido de un modo tan inesperado en aquel lugar.
Kary, por su parte, vio a una mujer joven, de gran estatura, muy rubia y de ojos glaucos, casi amarillos. La vida al aire libre, pensó, había conferido a la joven aquella robustez física, en modo alguno exenta de gracia y esbeltez, que se apreciaba en sus hombros, en su pecho de curvas firmes y en sus sólidas caderas, situadas en el arranque de unas piernas largas y fuertes.
La cazadora vestía una especie de sujetador de piel de gamo y un ceñidor del mismo material. El resto de su esbelto cuerpo quedaba al descubierto. El corpiño, sin embargo, estaba hecho del trozo de la piel con manchas, en tanto que la otra prenda pertenecía a un trozo del resto de la piel de gamo de que había sido fabricada.
Las armas de la cazadora consistían en un arco, de poco más de un metro de largo, muy fuerte e, indudablemente, de gran potencia; flechas de más de un metro y un cuchillo que parecía hecho de una sola pieza de alguna sustancia muy dura. «Posiblemente, obsidiana volcánica», pensó Kary.

De repente, la cazadora echó hacia atrás la mano derecha y extrajo una saeta de la aljaba. El cabo de la flecha se insertó con enorme rapidez en la cuerda del arco.
La cazadora no podía saber que a Kary le habían enseñado a reaccionar con increíble rapidez. El entrenamiento recibido, en muchas de sus fases, había sido bajo hipnotismo, y tanto los músculos como la mente del terrestre habían sido educados para una acción de fulminante rapidez.
Antes de que la cazadora pudiera tensar el arco, el fusil de Kary disparó una bala. El arco, partido en dos por el proyectil, cayó inofensivamente sobre el antebrazo de la joven.

CAPÍTULO III

Ella se quedó estupefacta al oír el estampido del arma y el silbido del proyectil. Kary levantó la mano izquierda.
—Paz —dijo—. No he venido aquí con intenciones ofensivas.
—Me has roto el arco —se quejó ella.
—Tú ibas a disparar contra mí.
—Eres un hombre de Skyador.
—Nunca he oído ese nombre. Te aseguro que sólo deseo paz y amistad. Yo me llamo Ron Kary. Dime, ¿quién eres tú?
—Thanit, de Truwol —contestó ella, no sin cierta nota de orgullo en la voz, que el terrestre captó en el acto.
Kary se cambió el fusil de mano y extendió la derecha.
—Me alegro de conocerte, Thanit —dijo.
Ella le miró extrañada.
—¿Qué es eso? —preguntó.
—Yo soy de Tierra —suprimió el artículo «la», a fin de hacer sus palabras más inteligibles—. Allí se da la mano derecha a los amigos en señal de saludo.
Thanit hizo lo mismo, un tanto vacilante.
—Aquí no saludamos de esta forma —manifestó—. A los amigos se les saluda poniéndose la mano derecha sobre el corazón.
Hizo el gesto, para que Kary lo apreciara. El terrestre sonrió, cuando aquella mano, fina, pero fuerte, se apoyó en su pecho.
Thanit le miró extrañada.
—¿No me saludas, Ron? —dijo.
—En... en mi planeta no..., no es correcto poner la mano sobre el pecho de una mujer..., aunque sea amiga —contestó.
—Tenéis unas costumbres muy raras. Y unas armas extrañas y muy poderosas —observó Thanit—. Has roto mi arco, pero no he visto el proyectil.
—Es más rápido que la vista y puede llegar incluso, a cuatro mil pasos

de distancia.
—¿Podría haberme matado, Ron?
—Sin duda alguna, pero sólo quise evitar que tú me matases a mí. Encuentro lógico que tratases de dispararme una flecha, si me considerabas como enemigo.
—Todos los skyadoritas lo son de los truwolitas —respondió Thanit con voz firme.
—Yo he venido aquí para ser amigo de unos y de otros. Pero ya hablaremos de eso más adelante. Dime, ¿has cazado ese animal para obtener comida y abrigo?
—Sí, pero, además, he de reunir doce cornamentas. Entonces, podré considerarme como mujer casadera.
—Oh —murmuró Kary—. ¿Cuántos trofeos tienes, Thanit?
—Ocho. Me faltan cuatro... pero ahora no sé cómo los conseguiré, si me he quedado sin arco.
—Puedo cazar yo los gamos...
—No. La costumbre exige que se utilice solamente el arco.
Kary sonrió para sí. Thanit acababa de darle un buen motivo para conseguir reafirmar la amistad recién iniciada.
—Si me lo permites, yo te construiré un arco, para que puedas completar tu colección de trofeos —dijo.
—¿Sabes hacerlo? —preguntó ella, asombrada.
—Sí. Pero antes, me parece, debiéramos limpiar y despellejar la presa. ¿Tienes prisa por volver a tu pueblo?
—No; cuando un cazador, hombre o mujer, sale para conseguir carne o simplemente trofeos, puede estar fuera todo el tiempo que desee.
—De acuerdo. En ese caso, vamos a empezar ahora mismo.
Poco después, Thanit estiraba la piel entre cuatro estacas clavadas en el suelo. Kary pensó que debería enseñar a los nativos ciertos rudimentos sobre curtición de pieles.
Mientras ella se ocupaba de separar los cuernos del cráneo del gamo, Kary empezó a reunir ramas para la hoguera.

* * *

Atardecía ya. La estrella que alumbraba a Sgamor, nombre de aquel planeta, descendía hacia el horizonte. Thanit, reclinada en la hierba, escuchaba fascinada el relato que le hacía el viajero del espacio.
—Nunca supimos que los seres humanos pudieran viajar por el cielo —dijo Thanit más tarde.
—Yo he sido uno de los primeros en intentarlo —manifestó Kary—. Pero todos mis acompañantes murieron. No sé cómo pudo ocurrir; sin embargo, confío un día en averiguar las causas de la catástrofe. Ahora, cuéntame cosas de Sgamor y de la rivalidad existente entre tu pueblo y el de Skyador.

Thanit habló durante un buen rato. Kary llegó a una conclusión propia, aunque se abstuvo de manifestarla.
—Un día u otro estallará la guerra entre los dos pueblos —dijo la muchacha melancólicamente—. Será terrible..., pero inevitable.
—No hay guerra que no se pueda evitar, con un poco de buena voluntad —dijo él.
—Ixelya es malvada. Quiere que todos los seres inteligentes estén bajo su mando. Nosotros preferimos la libertad de los campos y de los bosques. Nuestra existencia es tal vez primitiva, pero nadie manda en ninguno, a menos que ese mando haya sido aceptado previamente. Y, a pesar de todo, sólo se elige a un jefe para cuestiones de gravísima importancia.
—Creo que voy entendiendo. Thanit, ¿cómo os desplazáis vosotros? ¿Carros, monturas, animales...?
—A pie, generalmente. Sólo los muy ancianos o los enfermos son transportados en carros o a lomos de nuestros caballos, cuando la ocasión lo requiere. En general, únicamente los cazadores se mueven de nuestro pueblo.
—Supongo que parte de la carne de este gamo será para llevarla a tu pueblo —dijo Kary.
—Estoy algo alejada y se corrompería. Por ahora, además, no necesitamos provisiones en demasía.
—¿Cultiváis la tierra?
—¿Para qué? Hay frutos de sobra en los árboles y plantas comestibles, sabrosas y nutritivas.
—Dime, Thanit -—preguntó al cabo de unos instantes—, ¿cómo me has confundido con un hombre de Skvador?
—Vistes de manera muy parecida a ellos y tu pelo también es negro. Además, usas armas que disparan proyectiles invisibles.
«Vaya, también aquí hay una raza que sabe construir fusiles —pensó Kary—. Pero la ropa...»
El vestía sombrero de anchas alas, camisa y pantalones cortos, con botas blancas, aunque de caña ajustada a la pantorrilla. Probablemente, se dijo, los skyadoritas usaban también una indumentaria semejante.
Era preciso tener en cuenta la respuesta de Thanit.
—Ron —dijo ella de repente—, yo no conozco tu idioma, pero, sin embargo, entiendo perfectamente todo lo que me dices. ¿Cómo es posible?
Kary se quedó cortado. La pregunta de Thanit le había hecho ver algo en lo que no se había fijado hasta entonces. Ciertamente, le habían educado para convertirse en un telépata; sin embargo, veía moverse los labios de Thanit y captaba perfectamente el sonido de su voz. Pero ella no hablaba ninguno de los idiomas terrestres y él la entendía a la

perfección.
—Creo que ya lo entiendo —dijo, después de unos momentos de reflexión—. Tú y yo hablamos lenguajes diferentes, pero, por alguna razón que desconozco, nuestros cerebros traducen perfectamente los idiomas respectivos, haciendo que cada uno entienda al otro sin la menor dificultad.
Quizá se trataba de una nueva clase de telepatía, se dijo, muy posiblemente, ignorada por los propios truwolitas. En todo caso, le parecía que era demasiado pronto para iniciar una más larga explicación, aparte de que ni él mismo conocía detalladamente las causas de aquel extraño fenómeno.
Thanit se dio por satisfecha de la respuesta. Sonrió, encantadoramente y se reclinó sobre la hierba, con la indolencia de una hermosa diosa pagana.
—Háblame de tu mundo, cuéntame más cosas —pidió.

* * *

A través del follaje, Kary vio una esbelta sombra blanca que corría hacia el río. Thanit saltó ágilmente y se zambulló de cabeza en las transparentes aguas, de un atractivo, color verdoso. Kary continuó el trabajo que había iniciado a poco de salir el sol. Thanit Salió del río buen rato más tarde y se vistió detrás de unos altos matorrales. Kary apreció satisfecho el innato sentido del pudor en la joven. Ello le dijo que, pese a su vida primitiva, los truwolitas estaban mucho más civilizados de lo que aparentaban.
Hacía ya tres días que acampaban en el mismo sitio. El río abundaba en pesca. Thanit había conseguido añadir otra cornamenta a su colección, pero a falta del arco, había tenido que matar al gamo con su cuchillo de obsidiana, para lo cual había saltado sobre la presa desde la rama de un árbol. Sin que la joven lo supiera, Kary había tomado unas cuantas imágenes de la escena, con una microcámara que figuraba en su equipo, no mayor que un antiguo encendedor para fumadores.
La joven llegó poco después. Kary quiso hacerle una demostración y le arrojó una fruta semejante a una manzana, aunque algo mayor, que ella había recogido la víspera de un árbol situado no lejos del lugar donde acampaban.
Thanit cogió la fruta al vuelo.
—¿Para qué me la das? —preguntó—. No tengo apetito...
—Retrocede veinte pasos —indicó él—. Cuando yo te diga, lánzala al aire, con todas tus fuerzas, no a lo lejos, sino hacia arriba. Con todas tus fuerzas, ¿entiendes?
—Está bien.
Thanit se situó en el lugar indicado. Kary se inclinó y recogió el arco

que había construido durante aquellos días. Por medio de la pistola térmica, que formaba parte de su equipo, a mínima temperatura, había acelerado el secado de la madera. Luego había procurado equilibrar bien las dos mitades del arma, que había construido medio metro más largo que el de la muchacha.
Kary comprobó que la tensión de la cuerda resultaba satisfactoria. Cogió una flecha y se preparó para su lanzamiento.
—¿Preparada, Thanit?
—Sí, Ron.
Kary plantó firmemente los pies en el suelo y se concentró profundamente en la acción. De repente, lanzó un grito:
—¡Ahora!
Thanit, a pesar de su esbeltez, poseía una fuerza considerable. La manzana subió a más de cincuenta metros de altura.
La flecha ascendió oblicuamente a su encuentro. Thanit lanzó un grito de alegría al ver que la flecha atravesaba limpiamente el fruto.
Proyectil y blanco cayeron juntos al suelo. Thanit los recogió, con los ojos maravillados por el asombro.
—Eres mejor tirador que yo —elogió.
—Nos entrenaron para usar toda clase de armas, pero, sobre todo, nos enseñaron a buscar la paz con otros seres inteligentes, por encima de todas las cosas —respondió Kary.
Ella sonrió, a la vez que se acercaba al terrestre. Kary salió a su encuentro.
Pero, un segundo después, Thanit lanzó un vivo grito de dolor. Se agarró la pierna izquierda con las dos manos y cayó al suelo.
Atónito, Kary vio sangre en los dedos de la joven.

CAPÍTULO IV

Kary percibió un oscuro zumbido junto a su oreja. Inmediatamente, la alarma llegó a su cerebro y se tiró al suelo. Rodó sobre la hierba, mientras buscaba su fusil. Al mismo tiempo, percibió unos agudos alaridos.
Varios individuos, armados con lo que parecían viejas escopetas de caza de dos cañones, corrieron a su encuentro. También llevaban largas espadas. Sus intenciones eran claramente hostiles.
—¡Ron, skyadoritas! —gritó la joven.
Kary había alcanzado ya su rifle en cuyo depósito había un cargador de veinte cartuchos. El arma tronó ruidosamente. Un explorador del espacio era forzosamente un buen tirador.
Los atacantes fueron cayendo sucesivamente, atravesados por los proyectiles de doce milímetros y alta velocidad, que salían por la boca del arma. Eran seis en total y sólo uno de ellos, el más rezagado,

quedó en pie.
El superviviente, aterrado por los efectos del arma que le resultaba completamente desconocida, dio media vuelta y huyó. Kary le vio desaparecer en una hondonada próxima, pero no intentó siquiera perseguirle. Le bastaba con haber rechazado el ataque de unos individuos, quienes habían tratado de matarles sin mediar el menor acto hostil por su parte.
Las armas utilizadas por los skyadoritas le intrigaron, pero dejó su examen para más tarde. Thanit le interesaba mucho más.
La joven había perdido el conocimiento. Estaba muy pálida y la sangre fluía en abundancia por un agujero abierto en la cara anterior del muslo, en el que Kary habría podido introducir perfectamente el pulgar. El calibre de aquel insólito proyectil, estimó, no era inferior a los dieciocho o veinte centímetros.
En la mochila tenía elementos de cura primaria. Sacó un tubo de celulina regenerativa y hemostática, y extendió sobre la herida una buena cantidad de la sustancia curativa. La hemorragia cesó en el acto.
Pero Thanit parecía hallarse bajo los efectos de un shock. Era lo peor, se dijo Kary, sumamente preocupado por el incidente.
Tanteó con las manos la cara inferior del muslo de la joven. No se advertía el menor orificio de salida ni mucho menos el abultamiento clásico de un proyectil incrustado en la carne. Sus preocupaciones aumentaron.
El hueso, por fortuna, no parecía afectado, porque no se notaba fractura al mover el miembro. Sin embargo, era preciso extraer el proyectil y allí no contaba con los medios necesarios para realizar la operación.
Sin embargo, desconocía las características del proyectil que había quedado dentro de la carne. No se podía descartar el peligro de infección, a pesar de que la celulina llevaba también antibióticos. Incluso el proyectil podía estar fragmentado dentro de la carne, con lo que los peligros de una infección se acrecentaban más todavía.
Había una solución. Los ojos de Kary fueron hacia el promontorio en donde había escondido el aparato de control remoto. Haría descender el bote auxiliar y llevaría a la joven hasta la astronave, en la que había un quirófano completísimo.
En la Academia de Exploradores del Espacio Interestelar les habían enseñado también medicina.

* * *

Thanit abrió los ojos y sintió un dolor sordo en la pierna izquierda, en la que notó un molesto vendaje. Estaba tendida en un lecho cómodo, en la penumbra, y tardó unos momentos en volver completamente a la

consciencia.
Aquella habitación de paredes lisas... ¿Dónde estaba?, se preguntó, llena de asombro.
Sonaron pasos en las inmediaciones. Una puerta se abrió. Kary apareció con un recipiente en las manos.
—Vaya, me alegro de que hayas despertado —sonrió el terrestre—. ¿Cómo te encuentras?
—Me duele la herida... ¿Estoy en tu nave, Ron?
—Justamente. Tuve que traerte aquí; de otro modo, no habría podido curarte.
—Recuerdo que los skyadoritas nos atacaron por sorpresa...
—Eran seis. Maté a cinco. El sexto huyó.
—Ixelya es una mujer cruel. Merece la muerte mil veces —exclamó Thanit rabiosamente.
—Dejemos este tema por ahora. Bebe, por favor.
—¿Qué me has dado? —preguntó.
—Podríamos decir que es una comida normal, disuelta en un líquido adecuado —contestó el terrestre—. Se hace así en determinadas circunstancias, por ejemplo, en un caso como el tuyo.
—Ahora me siento mucho mejor. No obstante, la pierna me sigue doliendo un poco.
—Es natural. La herida no fue precisamente un rasguño.
—¿Me has curado tú?
Kary asintió.
—Entonces, también eres médico —añadió Thanit.
—Me enseñaron a curar heridas y enfermedades. La tuya no era leve, precisamente.
—Las escopetas de Skyador son malignas.
—La punta estaba incrustada en el hueso —dijo—. Por fortuna, el disparo fue hecho a distancia, con lo que la bala llegó casi sin fuerza a tu pierna. De otro modo, la herida habría resultado infinitamente peor.
—Me has salvado la vida. Esos guerreros me habrían rematado —dijo Thanit.
—¿Cómo lo sabes?
—Ellos también salen de cacería, sólo que de seres humanos. Les gusta ostentar los trofeos que consiguen cuando cazan a algunos de nosotros.
—¿Qué trofeos, Thanit?
—Las orejas. Las nuestras son levemente puntiagudas.
Kary supo dominar el horror que le causaba la respuesta. ¿Quién había introducido entre los hombres de Skyador la horrible costumbre de cazar víctimas humanas y mutilarlas después de su muerte?
—Pero eran seis. A lo sumo, se habrían podido llevar dos orejas —exclamó.

—Después de matarme, se habrían disputado los trofeos con la espada.
—Caramba, con los skyadoritas —se sorprendió Kary—. No son pacíficas sus costumbres, ciertamente.
—Nosotros nunca les atacamos. Pero ellos no pueden soportar que vivamos una existencia pacífica y libre. Por eso nos persiguen.
Kary pensó que tal vez habría otros motivos en el odio de los súbditos de Ixelya, acaso incomprensibles para los truwolitas. Pero no era el momento de discutir el tema.
—Voy a llevarte a la sala de curas. Aguarda un momento.
Kary salió de la cámara y volvió poco después con una camilla de ruedas. Cambió a la joven y la llevó a la sala de curas, situando la pierna herida bajo una batería de discos brillantes, que situó a diez centímetros de la piel.
—¿Qué es eso? —preguntó Thanit, pasmada por todo lo que veía.
—Un acelerador de la regeneración curativa de tus células destruidas por el proyectil. Si no dispusiera de este aparato, tardarías seis u ocho semanas en sentirte completamente bien. Así, antes de seis días, estarás como si no te hubiera ocurrido nada.
—Tenéis unas máquinas maravillosas en la Tierra —dijo ella, sinceramente admirada—. ¿Y dices que tu planeta va a ser destruido?
—Desgraciadamente, eso es lo que ocurrirá.
—Morirá mucha gente, Ron.
—Millones de personas, Thanit.
—Aquí hay espacio de sobra —exclamó ella impulsivamente—. Nosotros solamente unos pocos millares, quizá cien mil, como máximo. Y los skyadoritas no son más del triple. En Sgamor hay sitio de sobra para los tuyos.
Kary sonrió.
—Ojalá pudieran escucharte en la Tierra —dijo.
Finalmente, dos semanas después, decidió volver a la superficie de Sgamor.
—Iré contigo a tu pueblo, si no tienes inconveniente, Thanit.
—Solicitaré que te consideren como uno de los nuestros —respondió ella—. Creo que accederán a mi petición, aunque tendrás que sufrir ciertas pruebas para poder llamarte skyadorita.
—Será un gran honor para mí —declaró solemnemente.

* * *

Avanzaban a buen paso. La distancia a Truwol era grande: emplearían varios días en llegar a la comarca donde moraban los truwolitas. Pero Kan no tenía prisa; había ido allí para explorar el planeta y conocer sus condiciones de vida.
El suelo no estaba cultivado. Resultaría enormemente fértil.

Atravesaron vastas llanuras, que se imaginó cubiertas de doradas espigas de trigo. Los frutos naturales eran comestibles y sabrosos; con un adecuado cultivo, podían representar un sustancioso suplemento de la alimentación. La caza y la pesca abundaban. Muchos animales podían domesticarse. Sí, Sgamor era un paraíso...
Sólo que también, en aquel paraíso, había serpientes.
Kary divisó de pronto a varías de aquellas serpientes con figura humana. Los skyadoritas estaban muy entretenidos y no se percataron de la presencia de la pareja.

CAPÍTULO V

Kary agarró a la muchacha por un brazo y la hizo tenderse en el suelo, detrás de unos arbustos. De pronto, Thanit lanzó un gemido de cólera.
Allí, a sesenta o setenta pasos, se veía un cuerpo humano, inmóvil, todavía sangrante. En el pecho tenía varios orificios. Era una mujer joven, como Thanit, la cual, evidentemente, había sido sorprendida por los seis cazadores que ahora parecían dispuestos a jugarse los humanos trofeos que eran las orejas de la muerta.
Thanit agarró el arco. Los dedos de Kary se cerraron sobre su muñeca.
—Quieta —siseó—. A ella —se refería a la joven asesinada—, ya no la podrás salvar. Esperemos a ver qué hacen esas fieras.
Los guerreros de Ixelya vestían casi como él, de una forma mucho más civilizada que Thanit. «Lo cual no significa que lo sean», pensó Kary.
Aquellas extrañas escopetas yacían a un lado. Los skyadoritas se disponían ahora a pelear por los dos sangrientos trofeos.
Las espadas salieron a relucir. Los cazadores se atacaron por parejas, con singular encarnizamiento. Muy pronto, tres cuerpos yacieron por tierra.
Tres supervivientes gritaron de alegría. Pero, observó Kary, sólo había dos orejas. ¿Cómo resolverían el problema del reparto?
Lo echaron a suertes. Uno de los supervivientes pelearía contra los otros dos.
Y así se hizo. El perdedor se encaró con dos espadas que le buscaban ferozmente. No obstante, era ágil y fuerte. Recibió una ligera estocada en un brazo, pero su espada atravesó un pecho humano.
—He ganado —gritó.
El otro bajó su acero en el acto.
—Ahora nos toca a nosotros —murmuró Kary.
Thanit se, puso en pie, a la vez que lanzaba un agudo grito. Los skyadoritas, sorprendidos, se volvieron.

—Más trofeos —aulló uno de ellos.
Y se precipitaron sobre sus escopetas, pero, entonces, el rifle de Kary tronó varias veces, y los hizo retroceder, terriblemente asustados, sobretodo, porque sólo veían a una mujer truwolita y, además, completamente inmóvil.
—¡Aquí están mis orejas! —gritó Thanit retadoramente—. ¡Venid a cortármelas!
Los guerreros se abalanzaron sobre ella, gritando ferozmente. Thanit, instruida por Kary, emprendió la retirada.
Los dos cazadores alcanzaron los arbustos. Entonces, Kary se irguió.
Él cañón de su fusil golpeó rápida y sucesivamente dos cráneos humanos. Dos hombres se desplomaron al suelo, sin saber qué les había ocurrido.
Thanit retrocedió a la carrera. Tiró el arco, sacó el cuchillo y, arrodillándose junto a uno de los caídos, lo asió por los cabellos, disponiéndose a cortarle el cuello.
—¡No, Thanit! —gritó Kary.
Ella le dirigió una mirada llameante.
—Zudya era mi amiga. Ahora está muerta y desorejada —contestó.
—Lo sé —dijo Kary—. La muerte de tu amiga es lamentable. Pero tú no eres como ellos. Puedes matar, como lo he hecho yo, si te atacan; nunca cuando tu enemigo está derrotado.
—¿Voy a dejarlos que se marchen libres, después de lo que han hecho?
Kary paseó la mirada por los cuatro cadáveres que yacían sobre la hierba.
—En cierto modo, ellos también se han castigado —respondió—. ¿No tenéis jueces y leyes en Truwol, para castigar los delitos?
—Apenas se cometen…
—Pero, en ocasiones, hay delincuentes, ¿no es así?
Thanit se irguió y enfundó el cuchillo.
—Ron, me has salvado la vida —dijo—. Por eso acato tus consejos.
—No. Quiero que lo hagas por propia convicción. Si sólo respetas la vida de esos hombres por complacerme, haz cuenta de que no te he dicho nada.
El busto de la joven se dilató con fuerza. Al cabo de unos momentos, logró sonreír.
—Tienes razón —dijo—. Que los juzguen en Truwol. Pero faltan días para que lleguemos allí...
—No hay prisa —contestó Kary.
Los caídos empezaban a dar señales de vida. Kary les ató las manos con sus propios cinturones, antes de que se recobrasen por completo. Luego examinó aquellas curiosas escopetas, que funcionaban con aire comprimido, proporcionado por un compresor manual, accionado

por una palanca. El metal de la recámara, calculó, era lo suficientemente resistente para absorber una presión de treinta o cuarenta atmósferas. El proyectil se cargaba por la boca y salía disparado con fuerza indescriptible, aunque, escasamente aerodinámico, pese a las estrías estabilizadoras, entraba en pérdida de velocidad relativamente pronto. No obstante, a cincuenta o sesenta metros, era un arma mortífera.
Un poco más abajo, en una hondonada, divisó un curioso vehículo. Era un carro, tirado por cuatro animales que caminaban de frente. El carro no teñía estrictamente ruedas, sino unas orugas parecidas a las de los antiguos tanques blindados, lo que le permitía moverse sin dificultad por los terrenos más accidentados.
Los animales de tiro tenían las dimensiones de un caballo terrestre, pero su forma era algo distinta, sobre todo, la boca, armada con unos dientes de pavoroso aspecto.
—Cuidado, Ron —advirtió la muchacha—. Son muy peligrosos. En cierto modo, tienen cierta inteligencia y están amaestrados para respetar únicamente a los nativos de Skyador.
—Eso significa que no podemos usar el carro —dijo él.
—No. Déjalos, ellos volverán a Skyador.
—Está bien, tú mandas.
Los prisioneros, con las manos a la espalda, se incorporaban en aquel momento. Uno de ellos exigió ser puesto en libertad inmediatamente.
—Soy Tillos Lar, primo de Ixelya —declaró con altivez.
—Yo veo solamente a un asesino —contestó Kary—. ¡Vamos, en marcha!
El otro cautivo se sentía, evidentemente, mucho más aprensivo que su compañero.
—¿Adonde nos lleváis? —preguntó.
—A mi país —declaró Thanit—. Allí seréis juzgados por el crimen que habéis cometido.
—Matar a una truwolita no es un crimen, sino un mérito —se mofó Tillos Lar.
Furiosa, Thanit le arreó un puntapié que le hizo rodar por tierra. Tillos lanzó un grito de dolor, al que siguió una promesa:
—Tus orejas colgarán un día de la pared de mi habitación.
—Si vives lo suficiente para conseguirlo —contestó la joven fríamente.

* * *

Tres días más tarde, avistaron los límites del país de Truwol.
La pequeña comitiva se adentró por un angosto desfiladero, de paredes completamente verticales, con rocas que brillaban cegadoramente, de una lisura absoluta. Kary vio numerosos puntos brillantes en la superficie de la roca y dedujo que se trataba de un

material abundante en mica.
Con la punta del cuchillo, trató de separar un fragmento de una de las rocas. Obtuvo, con enorme sorpresa, una losa de casi cuatro metros de largo por dos de anchura, que se rompió en varios trozos al caer al suelo.
Inclinándose, tomó uno de aquellos trozos y lo examinó con singular atención. Las líneas de fractura eran perfectas en todos los sentidos. Aquella composición rocosa no existía en la Tierra, pese a que los minerales le resultaban harto conocidos.
Doscientos metros más adelante, el desfiladero se ensanchaba notablemente. De pronto, Kary vio que una sustancia brillante goteaba de la roca, cayendo al suelo con sordo sonido, para formar un gran charco, de pulida superficie plateada.
—¡Mercurio! —exclamó—. Mercurio en estado nativo...
—Nosotros no utilizarnos ese líquido —dijo Thanit—. ¿Acaso tiene alguna utilidad?
Kary sonrió para sí.
—De momento, no —mintió.
Y siguieron andando.
Poco más adelante, salieron del desfiladero a una zona despejada, aunque abundante en bosques. Kary divisó a lo lejos una serie de construcciones de piedra, situadas en la base de una cordillera de pendientes muy pronunciadas. Antes de la llanura había un enorme precipicio.
Kary se acercó al borde del abismo, de paredes verticales, por cuyo fondo corría un río de aguas caudalosas y muy veloces. Sólo había un medio de cruzar el abismo, una estrecha pasarela, hecha de largos troncos, empalmados adecuadamente, pero sin barandillas laterales.
Al otro lado, a unos cien metros, había varios hombres armados, al pie de una especie de grúa, cuyo cable estaba fijo al extremo de la pasarela. Kary comprendió que se hallaba ante un foso natural, que protegía a los truwolitas de los ataques de sus enemigos. En el momento en que éstos quisieran desencadenar un asalto, la pasarela sería lanzada al río y los atacados podrían considerarse a salvo.
—Yo no pasaré por ahí —dijo Tillos.
Thanit le apuntó con el arco y una flecha.
—¿Prefieres morir? —preguntó.
El otro prisionero echó a andar sin decir nada. Kary se pasó el dorso de la mano por los labios. Aquella pasarela, en verdad, era muy peligrosa. Supuso que los truwolitas estarían habituados al cruce, pero, a fin de cuentas, él también estaba entrenado en toda clase de situaciones críticas.
Tillos echó a andar. De repente, se oyó un alarido desgarrador.
El primero de los prisioneros había perdido el equilibrio.

Desesperadamente, quiso aferrarse a la pasarela, pero lo hizo demasiado tarde. El grito se alejó velozmente, hasta perderse a medio kilómetro más abajo, en las turbulentas aguas del río.
Los centinelas contemplaron la tragedia impasiblemente. Tillos consiguió cruzar al otro lado, pero, cuando llegó, se sentía a punto de desfallecer.
Thanit efectuó el paso con singular ligereza. Kary pasó también, aunque cuando llegó al otro lado, habría dado algo bueno por una copita de licor.
Apenas estuvieron en terreno truwolita, Thanit se dirigió al jefe de los vigilantes, poniéndole una mano en el pecho.
—Te saludo, Lodorl. Este que ves aquí es Tillos, primo de Ixelya. Ha matado a mi amiga Zudva y es mi prisionero.
Lodorl contestó con un saludo similar.
—Bienvenida, Thanit —contestó—. ¿Quién es el otro? ¿Por qué lleva las manos sueltas?
—Es Ron Kary, mi amigo y desea ser un truwolita, tras haber sufrido las pruebas pertinentes —dijo la muchacha.
Al-Datt era el padre de Thanit. Como su esposa, acogieron a Kary con el mayor afecto. Kary no tuvo más remedio esta vez que emplear el saludo truwolita. Había que comportarse como los nativos, pensó.
Thanit explicó sucintamente sus aventuras, desde que salió a cazar trofeos para su colección. Al terminar, Al-Datt se dirigió a Kary.
—Te consideramos como nuestro hijo.
—Mil gracias —contestó el terrestre.
Cnisia, la madre de Thanit, se sentía muy preocupada.
—Sholo, tu hermano, hace ya días que falta —dijo.
—Estará de caza —supuso la muchacha.
Cnisia meneó la cabeza.
—Ha ido a Skyador —manifestó—. Está loco por esa joven skyadorita. Si un día le encuentran...
—Yo creí que no había relación entre las personas de los dos pueblos —intervino Kary.
—Mi hijo Sholo es el primero que va a Skyador en muchos años —respondió la mujer—. Es ya un hombre y no puedo prohibirle que lo haga, pero temo por él.
—Cuando vuelva, trataremos de persuadirle de que olvide a una mujer que es nuestra enemiga —dijo Thanit.
Al día siguiente, en una gran plaza pública, se celebró el juicio contra el prisionero. Al-Datt formaba parte del tribunal, como uno de los personajes más notables del pueblo truwolita.
La sentencia de muerte fue desechada, con gran sorpresa del terrestre:
—El prisionero es condenado a perder sus dos orejas. Los familiares

de Zudya se encargarán de ejecutar la sentencia.
Tillos lanzó un terrible alarido. Todavía gritó más, cuando unos fuertes brazos le sujetaron y dos afilados cuchillos le cortaron las orejas.
Kary tuvo un gesto compasivo para el desdichado y pidió, y le fue concedido, curar las heridas. La celulina cortó la hemorragia, pero Tillos no agradeció el favor.
Luego, el portavoz del tribunal, dijo:
—Tillos, vuelve a tu país. No aparezcas más por aquí; cualquiera que te encuentre, podrá darte muerte.
Los ojos del sujeto llameaban de ira.
—Mi prima os declarará la guerra. Todos los truwolitas seréis exterminados.
Kary frunció el ceño. Era muy posible que sucediera lo que el rencoroso Tillos había anunciado.
¿No podría encontrar él un medio de evitar el conflicto?, se preguntó, deseoso de buscar la paz para los terrestres que un día emigrasen a Sgamor.

CAPÍTULO VI

Veinticuatro horas más tarde, Thanit fue a buscar a su huésped:
—Ven conmigo, Erl-I te llama.
Erl-I era el jefe de los truwolitas. Kary presintió los los motivos de la llamada.
Momentos después, estaba en presencia de Erl-I, cuya vivienda no se diferenciaba apenas de las demás.
—Te saludo —dijo el truwolita, a la vez que ponía una mano en el pecho del terrestre—, Thanit nos ha contado cuanto has hecho por ella.
—Fue un placer —respondió Kary, después de corresponder al saludo —. Simplemente, traté de salvar su vida.
—Ella me ha pedido que se te considere truwolita. Debes hacer las pruebas que se exigen a todo hombre que sale de la adolescencia para llegar a adulto, pero, después de lo que he oído, considero que has superado largamente esas pruebas. Alarga tu brazo izquierdo, hijo.
Kary obedeció. Con la punta de un cuchillo de obsidiana, Erl-I trazó una leve incisión sobre la muñeca del terrestre. La incisión tenía un trazado en zigzag.
—Quedará una señal mientras vivas —añadió Erl-I—, Ya eres uno de los nuestros.
Kary miró a Thanit. Los ojos de la joven brillaban de placer.
—A pesar de todo —dijo Kary—, me gustaría hacer otra prueba.
Erl-I levantó las cejas.

—Tus méritos son más que suficientes —dijo.
—Permíteme que insista —Kary se volvió hacia la muchacha—. Ayúdame tú, Thanit.
—Pero aún no sé qué pretendes...
—Erl-I, ayer se hizo justicia con un asesino. Resultó ser un personaje importante en Skyador. Presiento que Tillos no fanfarroneó al anunciar la guerra.
—Estamos dispuestos a afrontarla. No queremos que la casta de guerreros de esa infame mujer llamada Ixelya siga considerándonos como presa de caza —respondió el jefe de los truwolitas.
—De acuerdo, jefe —respondió Kary—, Pero déjame intentar la paz. Todavía puede ser tiempo.
—¿Cómo piensas conseguirlo? —preguntó Thanit, llena de curiosidad.
—Hay una forma: ir a Skyador y entrar en su capital. Así podré averiguar los planes de Ixelya y sus guerreros.
Erl-I se mordió los labios.
—No está mal ideado —dijo—. Pero corres el peligro de morir y no rápidamente.
—Entraré en Skyador y saldré vivo —aseguró Kary.
—En tal caso, ve y ojalá consigas lo que deseas. Nadie más que nosotros quiere la paz, pero, precisamente por lo mismo, pelearemos hasta la muerte si es preciso.
—Me gustaría ir contigo —declaró Thanit tímidamente.
Kary meneó la cabeza.
—No quiero que corras ningún riesgo —alegó.
—Pero ¿por qué? ¿Qué motivos...?
El joven sonrió sibilinamente.
—Todavía es pronto para que lo sepas —respondió.
Y se volvió hacia el jefe—. Partiré mañana, al amanecer.
Erl-I asintió. Antes de salir, Kary creyó oportuno darle un consejo:
—Vigila las montañas, jefe.
—Nadie puede atacamos por allí...
—Conozco la historia de muchos pueblos y muchos ejércitos que sucumbieron por ser atacados precisamente por el lugar en que nunca creyeron lo serían. Los skyadoristas conocen la defensa que es el foso; pero no hay montaña, por abrupta que sea, que no logre ser tranqueada de un modo u otro.
—Vigilaremos los pasos —respondió Erl-I escuetamente.

* * *

Había lágrimas en los bellos ojos de Thanit, cuando se despidió del terrestre.
—Vuelve, Ron —pidió.
Kary sonrió.

—Con esas intenciones me marcho —respondió.

Al día siguiente, divisó a un cazador skyadorita.

A lo lejos se acercaba la presa, una mujer de Tru-wol, evidentemente en busca de algún gamo, con el que incrementar la colección de trofeos, que le permitiría considerarse en edad de matrimoniar. Extrañas costumbres las de aquel planeta, se dijo, donde las mujeres debían ser tan fuertes y valerosas como los hombres.

El skyadorita aguardaba, sin duda, tener a su víctima a la distancia óptima de disparo, cincuenta o sesenta pasos. Entonces, dos pesadas balas derribarían inexorablemente a la mujer.

Kary se acercó al cazador. Este, de repente, pareció presentir el peligro y empezó a volverse.

Era ya tarde. Una mano apartó la escopeta. Otra, convertida en un puño de dureza granítica, voló hacia su mandíbula. Bastó un golpe para que el skyadorita cayese fulminado.

La mujer vio la pelea y aprestó su arco instantáneamente. Kary alzó una mano:

—¡No tires! —gritó—, ¡Soy amigo!

Ella corrió hacia el terrestre.

—Eres Ron Kary —exclamó.

—¿Me conoces? —se sorprendió él.

—Te vi hace dos días en mi país. Yo soy Slesit.

La mano de la mujer se apoyó en el pecho de Kary. El terrestre, tras una ligera vacilación, repitió el gesto.

—Me alegro de conocerte, Slesit —dijo Kary—. ¿Qué haces por aquí?

—Cazo —respondió ella lacónicamente.

—Ah —murmuró él—. ¿Me permites?

Kary se inclinó sobre el skyadorita y empezó a quitarle sus ropas.

—¿Qué haces? —preguntó Slesit.

—Voy a entrar en Skyador.

—¿Te atreverás...?

—No lo dudes, Slesit. ¿Quieres volverte, por favor?

—¿Por qué?

—Mujer —suspiró el terrestre—, voy a cambiar mis ropas con este sujeto.

—¿Temes que me turbe? —exclamó—. Pero si lo prefieres así...

Kary inició el cambio de indumentaria. Mientras lo hacía, dijo:

—Slesit, perdona mi curiosidad, pero creo que tienes la suficiente edad ya para estar casada. En tal caso, ¿por qué sales de caza?

—Estuve casada. A mi esposo lo mataron unos guerreros de Ixelya hace dos años.

—Lo siento.

—Gracias. Oye, has dicho que vas a Skyador.

—Sí, en efecto. Puede que haya una guerra. Trataré de evitarla.

—¡Hum! Lo dudo. Ixelya es muy belicosa. Quiere nuestras orejas y no parará hasta conseguirlo. Ron, si no te importa, te acompañaré hasta las inmediaciones de la ciudad de Ixelya.
—No hay inconveniente —accedió él, pensando en que la compañía de una persona conocedora del terreno podía resultar beneficiosa.
Al cabo de un rato, dijo a Slesit que podía volverse. Ella le contempló especulativamente.
—Puedes pasar por un skyadorita —dijo.
De repente, Slesit movió el brazo derecho con increíble rapidez. Una cosa de color verde oscuro —el puñal de obsidiana—, salió disparada de su mano.
Se oyó un agudo grito. El skyadorita, sentado en el suelo, se llevó ambas manos al pecho. La espada, desenvainada, estaba sobre la hierba, a su lado.
El cuchillo se había clavado hasta la empuñadura. Al cabo de unos segundos, el herido se tumbó a un lado.
—No te distraigas más, cuando tengas al lado a un skyadorita vivo —dijo Slesit.
—Tendré en cuenta tu consejo —respondió él—. Gracias, me has salvado la vida.
Slesit recobró su cuchillo.
—¿Vamos? —dijo.
—Sí.
Slesit le dio numerosos detalles sobre la vida en Sgamor, que resultaron una valiosa ayuda para Karv. Era una mujer de gran experiencia, reconoció el terrestre, pero no veía que Slesit se dedicase precisamente a la caza.
Y así se lo dijo. Entonces, ella contestó riendo:
—Cazo skyadoritas, hombre.
—¿Cómo? —respingó Kary.
—Juré que mataría veinte por uno. Ya llevo diecisiete. Cuando haya completado la cifra, buscaré un nuevo esposo.
—Vaya, yo creí que tú...
—Soy joven y aún puedo tener hijos —declaró Slesit orgullosamente—. En mis condiciones, una mujer tiene el derecho de elegir esposo. Claro que nunca se casa con quien no la acepte.
—Ah, no es un matrimonio a la fuerza.
—Por supuesto.
Aquella noche acamparon a la orilla de un arroyo. Slesit había cazado un gamo y comieron de su carne. Ella le informó que sólo se hallaban a dos jornadas de Skyador.
—Mucho se alejan sus habitantes de la ciudad —comentó Kary.
—Los guerreros, sí. Los otros...
—¿Qué pasa con los otros?

—En Skyador hay dos castas: los que trabajan para que todos coman y los que viven, simplemente, del trabajo de los demás.
—Vamos, parásitos.
—Exactamente. Entre nosotros no sucede tal cosa; todos trabajamos y procuramos comida para la comunidad. Y, aunque somos eminentemente pacíficos, también guerreamos cuando es necesario.
Las llamas de la hoguera iluminaban en rojo el rostro y el torso de la joven. Slesit sonreía de una manera singular.
Kary parpadeó. De pronto, se puso en pie y, tras acercarse a la joven, se sentó a su lado.
Pasó una mano por su cintura. Slesit no protestó.

CAPÍTULO VII

Dos días más tarde, el brazo derecho de Slesit señaló un punto situado a lo lejos.
—Allí está Skyador, Ron —dijo.
Pasados algunos momentos, se volvió hacia la joven.
—Gracias por tu compañía, Slesit —dijo, sonriendo.
Ella le puso ambas manos sobre los hombros.
—Regresa a Truwol —pidió.
—Bien, eso es lo que pienso hacer...
—Tienes que volver, Ron. Soy tu mujer.
El terrestre respingó.
—¿Qué? —gritó.
—Ya lo has oído. Estamos casados.
—Slesit, creo que hay un error. Yo no...
—Pronuncié la fórmula de ritual la primera noche, mientras tú dormías. Eso basta, Ron.
—Pero yo no dije sí...
Slesit sonrió de un modo singular.
—¿De veras no dijiste sí? —preguntó.
Kary se pasó una mano por la boca. Una maldita complicación. Ciertamente, Slesit había salido de caza y conseguido dos presas, en lugar de una sola. El era una de las presas.
Se preguntó qué diría Thanit cuando conociese la noticia. ¿Cómo explicarle lo sucedido? Ciertamente, Slesit era una mujer atractiva... y él no había sido nunca indiferente a los encantos del bello sexo, pero de ahí a considerarse un hombre casado... Y todo por no haber sabido mostrarse fuerte en determinadas circunstancias.
Ella le puso una mano en el pecho.
—Adiós, Ron.
Dio un paso hacia atrás. De pronto, su sonrisa se trocó en una mueca de agonía.

Dos rojos surtidores brotaron de su pecho, al mismo tiempo que se escuchaba el horrible impacto de los proyectiles. Slesit se tambaleó y cayó al suelo, agitándose convulsivamente.
Kary se volvió. Dos skayadoritas corrían hacia aquel lugar, con las escopetas en la mano.
—La he matado yo —gritó uno.
—Yo disparé al mismo tiempo —aulló el otro.
Kary lanzó una mirada a Slesit. La joven agonizaba.
—Alto —dijo.
Los skyadoritas se detuvieron.
—Es nuestra presa —dijo uno de ellos.
—La había cazado yo —mintió Kary.
—No te creo. ¿Por qué no la mataste para cortarle las orejas?
—¡Imbécil! ¿Para qué quiero yo dos orejas? ¿Me servirán acaso para guisar, limpiar la casa y hacer ciertos trabajos? Yo quería una esclava, no dos inútiles pedazos de carne.
—Bueno, pero ahora va está muerta... ¡Te permitimos que nos disputes los trofeos!
Dos espadas salieron a relucir. Kary retrocedió un paso.
—¡Vamos, desenvaina! —gritó uno de los guerreros.
Kary se sintió poseído por una cólera infinita. De repente, apretó los gatillos de la escopeta.
Dos proyectiles salieron disparados sucesivamente, con un intervalo de fracciones de segundo. Una cabeza humana voló en pedazos instantáneamente. El otro guerrero miró asombrado a Kary, un instante y luego se derrumbó, con un horrible agujero en el centro del pecho.
Kary se pasó una mano por la cara. Temblaba de rabia y furor contra sí mismo. Había ido en una misión de paz y derramaba la sangre de unos semejantes suyos.
Pero Slesit le había dicho algo que tal vez podía facilitar su cometido. En Skyador había dos clases de personas: las que trabajaban y las que guerreaban. Era un detalle que podía resultar útil.

* * *

Al atardecer de aquel día, llegó a las inmediaciones de la ciudad.
Su asombro resultó enorme. La ciudad, de grandes dimensiones, era toda de madera.
—¿Vienes con nosotros, Thodin? —gritó uno de los ocupantes de un vehículo, al pasar por su lado.
Kary hizo un gesto con la mano, a la vez que meneaba la cabeza negativamente. Retuvo el nombre en la memoria; aquellos sujetos le habían confundido, sin duda, pero era un detalle que podía resultarle útil.

Atravesó el puente, apoyado en los estribos y en dos conjuntos de recios pilotes, entre los cuales pasaba el agua. El río provenía de las montañas que se veían a su izquierda, cerrando el horizonte en aquella dirección.
Maquinalmente, tomó nota del detalle. Luego, con paso mesurado, se encaminó a la ciudad.
Entró en la ciudad y caminó por unas calles no muy sucias, aunque sí descuidadas. Había gente y los que no pertenecían a la casta de guerreros vestían pobremente, en general. En las miradas de aquellos seres no había alegría.
«Prácticamente, son esclavos de esos parásitos», pensó.
Slesit le había dado también muchos detalles de la forma en que se vivía en Skyador. La ciudad estaba habitada por unos trescientos mil seres, de los que menos de una sexta parte pertenecían a la clase privilegiada que podía vivir sin trabajar, dedicándose solamente a la caza y a la guerra.
De pronto, vio un edificio de regulares dimensiones, cuya puerta estaba abierta de par en par. Entró decidido y se sentó ante una mesa. A los pocos segundos, una mujer, joven y hermosa, salió por una puerta interior.
—¿Qué deseas, señor? —preguntó ella.
—Comida y lecho. Ah, dime ¿cómo te llamas? —habló Kary, en el tono altanero que habría hablado un guerrero.
—Nuymé, hija de Nuymo —respondió ella.
Kary la miró de pies a cabeza.
—¿Casada?
—No.
—Está bien. Sírveme la cena.
—Sí, señor.
Aquella casa, por lo visto, era una especie de fonda. En un rincón, comían una docena de hombres, que habían dejado de hablar apenas le vieron entrar. Kary supo así cuánto temían los agricultores a los soldados.
Largos siglos habían condicionado la mente de los habitantes de Sgamor, pensó, mientras Nuymé le ponía un plato lleno delante. Kary pensó que los civiles no se atrevían a cometer el menor acto hostil contra un guerrero, temerosos de las represalias.
Nuymé le sirvió también una gran copa de vino. No valía gran cosa, pero era algo más que agua pura.
El local se alumbraba con una especie de velas de notable grosor, que despedían muy poco humo. Al terminar de cenar, Kary vio que Nuyine cerraba la puerta. Para entonces, ya era el único cliente.
—Te enseñaré tu habitación —dijo la joven.
Kary asintió. Ella tomó una vela y le precedió por una escalera hecha

con troncos aserrados por la mitad, a lo largo. Abrió una puerta, entró y se situó a un lado.
El terrestre penetró en la habitación y divisó un lecho muy rústico, aunque parecía confortable.
—Gracias, Nuymé —dijo.
Ella dejó la vela a un lado. Luego se quitó el cordón de la cintura y se inclinó para levantar el borde inferior del vestido. Kary lo vio y se alarmó.
—Eh, ¿qué estás haciendo?
Nuymé le miró fijamente.
—¿Por qué lo preguntas? Demasiado sabes cuál es mi obligación, guerrero —contestó.
Kary se mordió los labios.
—También eso —murmuró. El cordón estaba en el suelo, se inclinó y lo devolvió a su dueña—. Póntelo —ordenó.
—No te entiendo —dijo Nuymé, extrañada—. Tu conducta es incomprensible...
—Es que no me conoces bien. Nuymé, ¿a qué clase perteneces tú?
—Segunda, harto lo sabes. Tú eres un guerrero...
Kary se sentó en la cama.
—Conque segunda clase, ¿eh? —murmuró—. Vosotros sois los que trabajáis para mantener a los parásitos. ¿No se os ha ocurrido nunca rebelaros contra este estado de cosas?
—¿Rebelarnos? ¿Con qué armas? Un segunda clase no tiene derecho a llevar armas..., pero si tú eres un primera, ¿por qué preguntas algo que sabes muy bien?
Kary estudió un instante el hermoso rostro de la joven, en el que aparecía una innegable expresión de tristeza.
Decidió que podía franquearse con ella y, sonriendo, dijo:
—Nuymé, yo no soy lo que parezco.

CAPÍTULO VIII

Habían pasado largas horas ya, cuando se separaron. Kary se acostó, con bastante sueño. La conversación con Nuymé había resultado de gran interés. Sin embargo, Kary no se hacía demasiadas ilusiones.
Nuymé Je despertó a la mañana siguiente.
—Te llaman abajo —anunció.
Kary se sentó en la cama.
—¿Quién? —preguntó asombrado.
—El capitán Mikkon. Anda buscando gente para la guardia de la muralla.
—Dile que bajaré en seguida.
Cuando se hubo vestido y aseado, Kary bajó al comedor, Mikkon se había ido ya.

—Tienes cuatro horas de guardia en la muralla, a partir del momento que releves a uno de los centinelas —dijo Nuymé.
Las cosas no iban bien en aquel singular ejército, pensó Kary, mientras se desayunaba. Un soldado debía conocer previamente sus obligaciones y no esperar a que su capitán fuese de un lado para otro, reuniendo centinelas para la vigilancia.
Hizo cuatro horas. Otro centinela le relevó desganadamente. Kary se enteró de que al día siguiente haría guardia en la residencia de Ixelya. Después, quedaría libre para un par de semanas. Uno de sus compañeros le propuso salir a cazar truwolitas. Kary contestó que ya lo pensaría.
Por la noche, Nuymé le dio cierto informe que él había solicitado.
—El número de los guerreros ronda los cincuenta mil —dijo la joven—, Nosotros sumamos cerca de trescientos mil.
—Uno a seis —murmuró Kary.
Pero los guerreros sabían manejar las armas; habían sido educados para ello desde niños. Era un detalle que debía tener en cuenta, aunque el ejército skyadorita tenía una terrible desventaja: su falta de organización y disciplina.
Al día siguiente, acudió a la residencia de Ixelya, de madera, como todas. En la mente de Kary empezaba a madurar un plan para la batalla que podía poner fin al opresivo dominio de los orgullosos guerreros.
El edificio era grande, de planta y dos pisos. Los refinamientos brillaban por su ausencia, aunque el interior era más lujoso de lo corriente. A Kary le fue asignado un puesto delante de una puerta, en el segundo piso.
—¿Quién está adentro? —preguntó.
—Ella —contestó Mikkon lacónicamente.
Kary no dijo nada. Transcurrió un buen rato.
La puerta se abrió de pronto.
—¿Cómo te llamas, soldado? —preguntó Ixelya.
Kary se volvió. Asombrado, vio que estaba ante una mujer muy joven, de no más de veinte años, bellísima, de largos cabellos negros y figura escultural.
—Thodin, señora —contestó.
—Está bien, Thodin. Vete. Vuelve dentro de diez minutos.
—Pero, señora...
—¡Obedece!
Kary lanzó una mirada al interior de la estancia. Le pareció ver una figura masculina entre los cortinajes del fondo.
Caminó una veintena de pasos, hasta doblar la próxima esquina. Pero en lugar de seguir, se quedó allí.
Asomó la cabeza. Un hombre apareció en la puerta. Ixelya y él se

besaron apasionadamente. A Kary le pareció hallar cierto aire familiar en las facciones del sujeto que, por lo demás, vestía ropas como las que él llevaba puestas.
Era increíble, se dijo momentos después, cuando el amante de Ixelya hubo desaparecido. Una comedia de despropósitos, no habría proporcionado una situación semejante.
Al cabo de un rato, volvió. Sin pensárselo dos veces, abrió la puerta.
Ixelya, sorprendida cuando se cambiaba de ropa, se volvió colérica.
—¿Cómo te atreves...? —gritó.
Kary cerró la puerta. Sonriendo, dijo:
—Apostaría algo a que el hombre que acaba de salir de aquí es un truwolita. Aún más, su nombre es Sholo, hijo de Al-Datt y de Cnisia.
Ixelya le miró atónita.
—¿Quién... quién te lo ha dicho? —preguntó con voz insegura.
—Tú le amas, señora —dijo Kary.
—Sí...
—Hablaremos más tarde. Ahora debo volver a mi puesto.
Kary hizo una inclinación de cabeza y salió.

* * *

Un hombre, lujosamente vestido, vino poco después y pidió hablar con Ixelya. Kary anunció al general Kor-bih-Dtor. Ixelya concedió su permiso.
Kary abrió respetuosamente, pero dejó la puerta entreabierta.
—Ya sabes lo que le ha pasado a tu primo, señora —dijo el general.
—Le he visto y me asombra que, habiendo caído prisionero de los truwolitas, haya perdido solamente las orejas.
—¡Es una ofensa que no podemos perdonar, señora! Vamos a exterminar a esos salvajes. Todos los guerreros arden en deseos de combatir a los truwolitas.
—Korbih, ¿por qué dos razas no pueden vivir en paz, habiendo tanto espacio en Sgamor? —preguntó Ixelva.
—Nosotros somos los señores de este mundo—contestó el visitante, rebosante de orgullo—, Todos los demás nacieron para servimos y ser nuestros esclavos. Tenemos el poder de vida o muerte sobre ellos y castigaremos terriblemente la insolencia que cometieron al desorejar a tu primo.
—Desapruebo tus palabras, Korbih. Y no olvides cuál es mi puesto.
Korbih-Dtor sonrió desdeñosamente.
—Estás ahí solamente por ser hija de tu padre, no por merecimientos propios —contestó.
—Y también porque tú lo asesinaste, cuando te diste cuenta de que él quería cambiar muchas situaciones injustas en nuestro mundo.
—Murió en un accidente de caza...

—¡No mientas! Al menos, sé sincero. Si declaras la guerra a los truwolitas, lo harás sin mi consentimiento.
—Los guerreros me obedecen. Harán lo que yo les ordene.
—Muy bien. Cuando vayas a partir hacia Truwol, avísame. Yo les hablaré...
«Imprudente», pensó Kary.
—No hablarás a nadie —decretó Korbih—. A partir de este momento, no podrás salir de tus habitaciones.
El general se dirigió hacia la puerta. Kary se puso rígido.
—Te guste o no, destruiremos a los truwolitas —se despidió.
Korbih-Dtor abrió la puerta, sin percatarse de que no había estado cerrada por completo. Al salir, ladró una orden:
—Soldado, sigue aquí hasta que te releven.
—Sí, señor.
—La reina no deberá salir de ahí. ¿Entendido?
—Sí, señor.
El general se alejó con paso rápido. Kary aguardó unos minutos.
Luego abrió la puerta.
Ixelya le miró.
—He venido a ayudarte —dijo él.
—Tú no eres un guerrero —adivinó Ixelya.
—No, no lo soy —rió Kary—. Vamos, cámbiate de ropa pronto. Ponte un vestido viejo, el más pobre que tengas. Ah, y recoge tu pelo.
—No sé por qué, pero confío en ti. Sin embargo, miles de hombres van a ir a una guerra sangrienta...
—Se llevarán una buena sorpresa —respondió Kary.
Minutos más tarde, Ixelya estaba lista.
—¿Adonde vamos? —preguntó.
—Ya lo verás.
Kary y la joven salieron sin dificultad. El aspecto de Ixelya había cambiado notablemente.
A lo lejos, en un rincón del recinto, oyeron la tonante voz de Korbih:
—Atacaremos por las montañas, precisamente por donde no nos aguardan. Será duro y difícil, pero apenas hayamos atravesado el paso de Shal-Hee, podremos caer sobre los truwolitas irresistiblemente...
Kary grabó en su mente aquel nombre. Al-Datt debía conocer los planes de sus enemigos.
Poco después, entraban en la fonda de Nuymé. Kary hizo una seña disimulada a la joven. Nuymé, silenciosa, siguió a la pareja hasta el piso superior.
—Te has traído compañía —dijo Nuymé.
—Te equivocas —contestó Kary—, Ésta es Ixelya y ha huido de su residencia.

—Así es —confirmó la aludida.
Nuymé se sentía aturdida.
—Señora...
Pero no sabía qué decir. Kary continuó:
—Tenemos que hablar largo y tendido. Nuymé, tú alojarás a Ixelya; nadie debe sospechar que está aquí. ¿Comprendes?
—Lo haré —respondió Nuymé.

* * *

Kary caminó durarte cinco días, sin apenas descanso. De cuando en cuando, divisaba a una patrulla de cazadores, pero procuraba esquivarlos, a fin de evitar encuentros desagradables. Al fin, poco menos que agotado, llegó al foso que señalaba la divisoria de Truwol.
Agitó una mano.
—Estoy muy cansado —gritó—. Llamad a Thanit.
Thanit vino poco después. Trajo agua y comida. Sus ojos brillaban de placer.
—Me alegro de verte —dijo.
Kary sonrió.
—Yo también —respondió—. He corrido mucho. Necesito descansar.
—Sí, ya veo... ¿Traes noticias?
—Los guerreros skyadoritas atacarán por el paso de Shal-Hee.
Thanit hizo un movimiento con la cabeza.
—Tú tenías razón —dijo.
—Cualquiera que desease lanzar un ataque contra tu pueblo, elegiría el lugar menos esperado. Pero sabiendo por dónde van a venir, la defensa resultará fácil.
—Sí, desde luego. ¿Cómo lo has pasado durante tu viaje?
Kary fijó la vista unos momentos en el bello rostro de la muchacha.
—No puedo mentirte. Me casé... y enviudé —repuso.
—¡Vaya! —se sorprendió ella—. ¿Cómo sucedió?
—Slesit me cazó. A los dos días, murió a manos de unos guerreros. Yo los maté.
Kary relató lo ocurrido. Thanit meneó la cabeza.
—No te lo reprocho —dijo, comprensiva—. Ella se aprovechó de las circunstancias, aunque, a decir verdad, lamento que haya muerto.
—Dejemos esto, Thanit, Mientras viajaba, se me ha ocurrido un plan de ataque contra Skyador.
—¡Estás loco! —gritó la muchacha—. Todavía tenemos que empezar la defensa y... Ellos son cientos de miles...
—Thanit, hay cientos de miles de skyadoritas de segunda clase, que están tan hartos como vosotros de los guerreros. Costará mucho, indudablemente, pero, al fin, acabaremos con su poderío, sobre todo, si tenemos en cuenta que tu futura cuñada, la reina Ixelya, está de

nuestra parte.

CAPÍTULO IX

La columna de guerreros se perdía serpenteando casi en el horizonte. Kary situado a la entrada del paso, vio la aproximación de los skyadoritas y calculó su número en unos veinte mil.

Había muchos más, por supuesto, pero calculó que gran número de ellos estaban ausentes de la ciudad en el momento de la movilización. Otros, dada la indisciplina general de aquel ejército, se habrían negado simplemente a acudir a una guerra que no les interesaba.

Y, con la paz, los nativos sgamorianos progresarían enormemente.

El ejército atacante se adentró en el paso. Kary, explorador, retrocedió cautelosamente. Era preciso que Korbih y sus hordas no supieran nada hasta el momento del ataque.

Cuatro horas más tarde, una imponente columna de soldados, trepaba por las ásperas pendientes del paso. De repente, se oyó un agudísimo silbido.

Korbih-Dtor, a la cabeza de sus hombres, miró hacia arriba. De repente, vio una espesa nube de flechas que descendían raudamente en busca de sus blancos humanos.

Cientos de alaridos se elevaron de otras tantas gargantas, al darse cuenta de que, en lugar de sorprender, eran ellos los sorprendidos. Lanzadas con terrible puntería, las flechas abrieron espantosos claros en las filas atacantes.

En vano fue que tratasen de buscar refugio en las piedras y rocas para disparar sus escopetas de aire comprimido. Cuando un guerrero creía hallar un lugar resguardado, surgía un arquero que lo atravesaba por detrás o por un costado.

Korbih había recibido un flechazo en el muslo izquierdo apenas se desencadenó el ataque. Iba montado en uno de aquellos cuadrúpedos de cabeza de felino y en el acto comprendió que tratar de seguir adelante no era sino ir a la catástrofe en derechura.

—¡En retirada! —gritó, a la vez que azuzaba al animal para que saliera a todo galope.

Kary contempló la maniobra desde lugar seguro. No se podía negar valor a los skyadoritas, pero su falta de disciplina les había derrotado antes de tiempo. Otro ejército se habría retirado en perfecto orden, llevándose al menos los heridos y las armas de los muertos; allí, en el desfiladero, no sucedía nada de eso.

La desbandada se hizo general. Cientos de skyadoritas quedaron tendidos sobre el terreno. Las orgullosas huestes de Korbih-Dtor habían sufrido una ignominiosa derrota, perdiendo un millar de hombres, sin que sus atacantes hubieran sufrido ni una sola baja.

Kary siguió a distancia al ejército en retirada, hasta que lo vio atravesar la llanura que conducía a la ciudad. Evidentemente, los skyadoritas no estaban por el momento para un nuevo ataque.
A su vuelta, Thanit le recibió con ojos brillantes.
—Te debemos la victoria —dijo.
Kary meneó la cabeza.
—Yo no vine aquí para guerrear —contestó.
—Comprendo lo que piensas —dijo Thanit—. Pero tú mismo pudiste ver el primer día que nos conocimos, la clase de hombres que son los guerreros skyadoritas. ¿Por qué no hemos de poder vivir en paz? ¿Por qué hemos de ser considerados piezas de caza, como si fuésemos gamos u otro cualquiera de los animales que abundan en Sgamor?
—Sí, la razón está de tu parte... y lo peor es que veo que no conseguiría nada de Korbih, aunque fuese a parlamentar con él. Son demasiado orgullosos y obstinados para avenirse a discutir un cambio radical de sus costumbres.
—¿Para qué cambiar? —exclamó ella despectivamente—. No trabajan, no producen; viven de los demás, como parásitos... No les interesa el cambio, compréndelo. Pero ese ejército no tiene justificación; ningún enemigo exterior nos ataca, ni siquiera nosotros hemos entablado hasta hoy una batalla campal contra ellos. Si tuviésemos intenciones de conquistar la ciudad de Skya-dor, se comprendería la existencia de un ejército, pero no siendo así, los guerreros de Korbih son una casta condenada a la extinción.
—Lo peor no es eso, sino los inocentes que puedan morir.
—Morirán para que otros vivan en paz. Ron.
Un hombre se acercó a la pareja en aquel momento.
Era Sholo, el hermano de Thanit.
—Me voy a Skyador —anunció.
—¡Sholo! —gritó la joven.
—No hagas eso ahora —aconsejó Kary—. Sería demasiado peligroso...
—Ixelya está allí. Voy a buscarla. Habíamos hablado ya muchas veces de estos problemas. Tengo que llegar antes que Korbih.
—Si caes prisionero, no tendrán piedad contigo.
Sholo se encogió de hombros.
—Aun así, debo correr el riesgo... porque, si no, Ixelya será la prisionera —respondió.
Kary y Thanit se quedaron solos nuevamente.
—Creo que debería ir a ayudarle —dijo él.
—No lo hagas. Sholo tiene su orgullo. Es joven, fuerte y astuto. Logrará traer sana y salva a Ixelya.
—Como quieras. Pero me imagino que estás pensando en que

debería haber una forma para acabar definitivamente con este conflicto.
—¿La conoces tú?
Kary reflexionó unos momentos.
—Lo primero que deberíamos hacer es ensanchar la pasarela —dijo—. Voy a ver si trazo los planos para un puente algo más ancho. ¿Podrás pedirle a tu padre que me nombre algunos ayudantes?
Thanit sonrió, a la vez que movía el brazo en círculo: —Basta con una voz tuya, para que los tengas a cientos —exclamó.

* * *

Kary había instruido a los constructores del puente. Él, en compañía de Thanit y algunos más, se dirigió al desfiladero de la mica, en el que quería hacer una prueba.
Ya habían construido un par de carros, de grandes ruedas, pero, a falta de animales de tiro, eran ellos mismos los que arrastraban los vehículos. En cuanto llegó al desfiladero, Kary hizo arrancar una placa de mineral y luego de darle la forma conveniente con las hachas, extendió sobre su superficie una delgadísima capa de aquel mercurio que, de una forma tan extraordinaria, brotaba de las rocas.
Al acabar el primer día, tenía media docena de espejos de unos tres metros de largo por uno y medio de anchura. Los truwolitas estaban asombrados.
Thanit se miró en uno de los espejos, que reflejaba perfectamente su figura.
—Nunca me había visto, salvo en los remansos —confesó, hechizada por aquel descubrimiento—. Pero ¿qué objeto tiene esto, aparte de permitir reflejar a las personas?
—Ya lo sabrás —contestó él, sonriendo enigmáticamente.
Los espejos, convenientemente acondicionados para evitar su rotura, fueron trasladados a la orilla del desfiladero, en donde los improvisados ingenieros se afanaban en la construcción del puente.
Había algunos que no estaban muy conformes con aquella decisión. Kary les tranquilizó:
—En el caso de un ataque enemigo, siempre habrá grupos provistos de flechas incendiarias, que harían arder el puente en pocos minutos —dijo.
El puente quedó terminado en un plazo relativamente corto, apoyado en los bordes por sus estribos.
Kary hizo construir también unas barandillas protectoras. El puente tenía una anchura de seis metros, suficiente para el tránsito de carros.
—¿No se os ha ocurrido nunca domesticar a esos cuadrúpedos que utilizan los skyadoritas para tirar de sus vehículos? —preguntó un día a Thanit.

La joven hizo un gesto negativo.
—Nunca los hemos necesitado —contestó desdeñosamente.
Los truwolitas eran muy inteligentes, pensó Kary. Pero no empleaban carros hasta su llegada y, sin embargo, conocían la rueda. ¿Acaso no querían pasar de aquel deliberado estado de aparente salvajismo, que les permitía vivir una existencia casi paradisíaca?
Los días iban pasando. Thanit se sentía preocupada. No había noticias de Sholo.
El puente había sido terminado. Los truwolitas se afanaban ahora en la construcción de carros, de una forma especial, diseñada por Kary, a la vez que continuaba la fabricación de espejos.
De pronto, cuando ya habían transcurrido un par de meses desde la batalla del desfiladero, se produjo un alboroto en el poblado.
—Vienen los skyadoritas —gritó alguien.

CAPÍTULO X

Con la ayuda de un punzón, Kary trazaba unos planos en una plancha de mica, cuando oyó aquel grito. Inmediatamente, abandonó el trabajo y corrió hacia el puente.
A lo lejos se veían unos cuantos jinetes, uno de los cuales, en lo alto de una larga lanza, una rama de árbol. Kary entendió que en Sgamor era la señal de parlamento.
El padre de Thanit fue delegado para parlamentar con los guerreros. Kary sin embargo, quiso acompañarle.
El jefe de los skyadoritas transmitió un mensaje:
—Tenemos prisioneros a Sholo y a Ixelya. El extranjero debe entregarse antes de una semana. Pasado ese plazo, si no lo ha hecho, Sholo e Ixelya morirán. Luego atacaremos vuestro país y os exterminaremos.
El parlamentario ya no dijo más. Desdeñosamente, tiró su insignia al suelo y, volviendo grupas, partió a todo galope, seguido de su escolta.
Kary apretó los labios. ¿Cómo habían encontrado a Sholo?
En medio de todo, lo peor no era que lo hubieran encontrado, sino que le habían hecho hablar. Porque, de otro modo, ¿cómo se comprendía que conocieran la existencia de un extranjero en el país de Truwol?
—Está bien —dijo, dándose cuenta de que Al-Datt le miraba inquisitivamente—. Iré a Skyador.
Thanit puso una mano en su brazo.
—Te acompañaré —exclamó.
—Digo lo mismo que en la ocasión anterior: tu aspecto es inconfundible y te delataría. Por otra parte, no me fío de Korbih en absoluto; aunque me matase, os atacaría igualmente. No cumpliría su palabra, ¿entiendes? Lo cual significa que quiero enterarme de sus

planes.
—Hija, Ron tiene razón —intervino Al-Datt—. Es mejor que vaya él solo. Podrá desenvolverse mejor.
Kary levantó la vista al cielo.
—Y no viajaré de día, porque estoy seguro de que Kerbih ha montado patrullas para vigilar mi camino —dijo.
Luego se volvió hacia la muchacha.
—Haz que los trabajos continúen. No se pueden detener por mi ausencia. Si no volviese, termina de construir los espejos. Luego...
Dio ciertas instrucciones y ella asintió.
—No dormiré tranquila hasta que vuelvas —aseguró.
Kary sonrió.
Y Kary sabía ya que un día u otro, Thanit sería su esposa.
—Volveré —prometió.

* * *

Avistó la ciudad de madera al amanecer del quinto día. Ya sólo quedaban dos del plazo señalado por Korbih.
Tal como había presentido, vio numerosas patrullas que vigilaban su ruta. Pero viajando durante la noche, pudo deslizarse entre ellas sin ser visto.
Además, apenas se ocultaba el sol, los vigilantes se echaban a dormir. Cruzar sus líneas no había resultado difícil.
Buscó un refugio, en una hondonada cubierta de matorrales y descansó durante el resto del día. Cuando llegó la noche, se acercó al río, lo cruzó a nado, para evitar el paso por el puente, y se acercó a la muralla.
Había viajado pertrechado adecuadamente. Los guerreros estaban muy seguros de la protección de aquella muralla. La vigilancia era poco menos que nula, especialmente en los lugares donde no había puerta de acceso.
Una cuerda, con un gran gancho, le sirvió para izarse a lo alto del parapeto de troncos. Descendió al otro lado, ocultó la cuerda y trotó cautelosamente por las calles escasamente iluminadas, hasta que llegó a la fonda de Nuymé.
El local estaba cerrado ya. Kary llamó con precaución.
Nuymé abrió la ventana del piso superior.
—¿Quién es? —preguntó.
—Kary —respondió el terrestre.
—¡Oh! —dijo ella—. Aguarda un instante; ahora mismo bajo.
Momentos después, Kary entraba en la casa. Ella cerró con cuidado y le miró fijamente a la luz de la vela que sostenía con la mano izquierda.
—Me parece estar soñando —sonrió.

—Soy de carne v hueso —dijo él—. ¿Dónde está Ixelya?
—¡Cómo! —se asombró Nuymé—. Deberías saberlo, Karv; se marchó con Sholo al país de Truwol.
El turno del asombro llegó ahora a Karv.
—Pero, Nuymé, Ixelva y Sholo no han llegado allí... ¿Cuánto tiempo hace que se marcharon?
—Dos semanas. Sholo llegó, habló con ella y emprendieron la marcha sin perder tiempo. Los dos iban disfrazados, por supuesto.
Kary hizo un gesto con la cabeza.
—Les descubrieron, no cabe la menor duda —manifestó—. Ignoro cómo, aunque eso es ahora lo de menos. Korbih quiere que yo me entregue; de lo contrario, Sholo morirá y luego atacará a los truwolitas hasta el exterminio.
Nuymé se mordió los labios.
—Te juro que no sabía nada —declaró—. Pero quizá podamos averiguar dónde están.
—Eso es interesante, Nuymé. ¿Cómo lo conseguirás?
—Algunos de los guerreros empiezan a cansarse ya de esa forma de vida —respondió la joven—. Sobre todo, Ubohr. Es capitán; manda en ciento cincuenta guerreros. Estuvo en el desfiladero de Shad-Hee y no le gustó lo que sucedió allí. Y, como otros muchos, aunque, por desgracia, todavía son los menos, piensa que vivir para guerrear continuamente no es bueno.
—¿Cuáles son tus relaciones con Ubohr? —preguntó Kary.
Nuymé sonrió.
—El y yo nos amamos. Pero no podemos casarnos hasta no estar seguros de vivir en paz. Tiene que verme cuando todo el mundo duerme...
—Eso significa que llegará más tarde.
—Sí. Por eso me extrañó tu llamada. Ubohr emplea una señal convenida —respondió Nuymé.
—¿Podré hablar con él cuando llegue? —consultó Kary.
—Desde luego. Estoy segura de que Ubohr sabe dónde están Ixelya y Sholo.
Ubohr llegó mucho después de la medianoche y se sorprendió enormemente de ver al extranjero en la casa de Nuymé.
—¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí? —preguntó, después de las inevitables presentaciones.
Kary sonrió.
—Vuestra vigilancia es muy descuidada —respondió—. Evidentemente, sois mayores en número que los truwolitas, pero la indisciplina de vuestro ejército iguala esa desventaja sobradamente.
—Tienes razón —admitió Uborh—. Siempre hemos sido así...
—Tal vez porque nunca os habéis enfrentado con un enemigo

dispuesto a luchar.
—Las cosas están cambiando ahora. Korbih se ha dado cuenta de que sin disciplina no puede haber victoria y está entrenado a sus hombres a obedecer y a pelear según las órdenes y los planes establecidos.
—Eso puede agravar la situación —convino Kary—. Pero ahora me interesa más otra cosa. ¿Dónde están Sholo e Ixelya?
—Sholo está en un sótano, en el que no hay más qué una ventana para entregarle agua y comida. La puerta ha sido encadenada. Ixelya, por supuesto, sigue en su residencia.
—¿Conoces tú el lugar donde está Sholo?
Ubohr asintió.
—Pero hay una fuerte vigilancia —dijo—. No te será tan fácil llegar hasta él, como atravesar nuestras murallas.
—Deja eso de mi cuenta. Has dicho que conoces el calabozo de Sholo.
—Sí.
—¿Puedes trazarme un croquis de su emplazamiento?
—Desde luego.
Minutos después, Kary tenía un plano con preciosas indicaciones para llegar al lugar donde estaba el hermano de Thanit. Apenas lo hubo visto, lanzó una alegre carcajada.
—Resultará mucho más sencillo de lo que pensaba —dijo.
—¿Lo crees así? —se asombró Ubohr—, El departamento está lleno de soldados, con orden de disparar a matar...
—Por el sitio en que yo entraré, no habrá un solo soldado —aseguró el terrestre.
Kary llevaba a la espalda una mochila, cargada con ciertos elementos que juzgaba indispensables para la liberación de Sholo. Todavía tenía veinticuatro horas de plazo.
Los alrededores de la residencia de Ixelya estaban muy vigilados. Kary, sin embargo, logró deslizarse sin ser visto, hasta llegar al pie de una de las ventanas del departamento personal de la joven.
Minutos más tarde, saltaba al dormitorio de Ixelya. Ella se despertó al oír ruidos extraños.
—No grites —dijo Kary a media voz—. Soy Ron, el terrestre.
—¡Ron! —exclamó Ixelya—. Pero ¿cómo...?
—Te lo explicaré luego. Escucha, voy a cerrar las ventanas; no quiero que se trasluzca luz al exterior.
Ixelya se había vestido ya.
—Has venido a ayudarnos, supongo —dijo.
—Sí. Pero ¿cómo os apresaron?
—Cometimos la imprudencia de querer pasar por el puente. Ahora está terriblemente vigilado...

—Es lógico —convino él, a la vez que, con el plano en la mano, empezaba a recorrer las estancias que componían el alojamiento personal de Ixelya.
Al cabo de un rato se detuvo. Ella le contemplaba, devorada por la curiosidad.
Kary se desprendió de la mochila. Apartó las pieles que cubrían el suelo y dijo:
—Una de las ventajas de construir ciudades de madera es que, con el tiempo, se fabrican muy buenas sierras y excelentes barrenas.
Evitando los ruidos perforó el suelo con una sólida barrena de tres centímetros de diámetro. Luego se tumbó, pegó los labios al agujero y llamó:
—¡Sholo, soy Ron!; He venido para rescatarte!
Debajo de sus pies, con enorme asombro por su parte, Ixelya oyó un débil grito de alegría.

CAPÍTULO XI

Sholo se ató a la cintura la cuerda que Kary había hecho pasar por el agujero abierto en el que era techo de su calabozo. Karv tiró hacia arriba. Ixelya se lanzó en brazos de su amado, a la vez que exhalaba un gemido de júbilo.
—Será mejor que nos demos prisa en marcharnos —aconsejó Kary—. No tardará mucho en amanecer y conviene que estemos fuera de la ciudad antes de que se haga de día.
—El puente está vigiladísimo —dijo Sholo.
—¿Ninguno de los dos sabe nadar?
Sholo e Ixelva cambiaron una mirada.
—¿Por qué no se nos ocurrió antes? —se lamentó el truwolita.
Kary se echó a reír.
—Ninguno de los dos está acostumbrado a situaciones críticas —dijo —. Pero, en resumen, ¿sabéis nadar o no?
—Claro que sí —respondió Ixelya—. Aunque luego, cuando Korbith se entere de que nos hemos fugado, enviará medio ejército a perseguirnos...
—Eso es algo con lo que se puede contar. Lo que Korbih ignora es que nosotros escaparemos, precisamente, por el lugar que nadie espera que lo hagamos.

* * *

Korbih se enteró de la fuga de Sholo e Ixelya un par de horas después de haber salido el sol. Su furia resultó indescriptible al darse cuenta de que había sido burlado.

Uno de sus oficiales adelantó un paso:
—General, permíteme que salga en persecución de los fugitivos con mi compañía —pidió Ubohr.
—Tráemelos y te ascenderé —dijo Korbih.
Ubohr reunió rápidamente a sus hombres. Nuymé formaba parte de la expedición. Un comandante de compañía tenía derecho a llevarse a su esposa o a la mujer que prefiriese. Pero Ubohr no lo hacía precisamente por tener dulce compañía, sino que no quería que a Nuymé le sucediese nada durante su ausencia.
Ubohr y sus ciento cincuenta hombres corrieron en persecución de los fugitivos, montados en sus carros, por la ruta tradicional. Ubohr y Nuymé sabían perfectamente que el terrestre y sus acompañantes seguían otro camino; sin embargo, consideraban prematuro desvelar el secreto al resto de la tropa. La mayoría apreciaban a Ubohr y harían lo que él les ordenase, pero no faltaban los que seguían manteniendo firmemente el orgullo de casta.
Mientras viajaban, Ubohr empezó a sondear discretamente a sus oficiales. Tres eran incondicionales suyos; el cuarto era dudoso. Sería cosa de tenerlo en cuenta, se dijo.
Mientras, Kary, Ixelya y Sholo se dirigían hacia las montañas. Cuatro días más tarde, llegaron a un gran lago, cuya superficie se veía agitada por numerosos remolinos.
—El río nace aquí —indicó Sholo.
Kary estudió el panorama durante unos momentos. Luego recorrió en parte las orillas del lago.
—Dentro de un par de semanas, mil truwolitas vendrán aquí —dijo.

* * *

Thanit corrió al encuentro de los viajeros, apenas ovó los gritos que anunciaban su llegada. Con lágrimas en los ojos, se colgó del cuello de Kary.
—Has vuelto —dijo.
—Te lo prometí —contestó él—. Ixelya y tu hermano están aquí.
Thanit puso su mano sobre el pecho de la joven. Ixelya correspondió con un gestó análogo.
—Quiero ser una más de los vuestros —manifestó Ixelya.
Kary suspiró.
Al cabo de unos momentos, Thanit se volvió hacia Kary.
—Ubohr y ciento diez de sus soldados están aquí, dispuestos a luchar para conseguir una paz definitiva en Sgamor —anunció—. Nuymé ha venido también.
—Es una excelente noticia —contestó el terrestre.
Thanit tomó su mano y le miró dulcemente.
—Ven conmigo —dijo—. Quiero que me hables aún más de tu

planeta, de tu familia... ¿Qué hacen tus padres?
Kary sonrió mientras caminaban.
—Mi padre es doctor ingeniero —contestó—, Una de sus tareas consiste en la revisión de los últimos modelos de computadora. Pero antes debo explicarte qué es una computadora, Thanit

(En aquellos momentos el doctor Kary se hallaba muy ocupado en la revisión del último modelo de computadora, precisamente el que había sido empleado por los astrónomos v científicos para calcular la órbita espiral de la Tierra, órbita que, inexorablemente, acabaría en el Sol. A treinta v seis años luz, el doctor Karv, de repente, creyó haber descubierto un defecto en la computadora.)

* * *

Una semana después, sonó un agudo grito de alarma:
—¡Vienen los skyadoritas!
Encaramado en lo alto de una de las torres que sustentaban los cables de soporte del puente, Kary vio avanzar aquella masa humana que ennegrecía la llanura. Había más de cuarenta mil hombres. Korbih se había lanzado al ataque con, prácticamente, todos sus efectivos.
Asimismo divisó unas raras máquinas, construidas en madera, por supuesto, cuyo objeto no supo adivinar por el momento. Pero era evidente que Korbih había resuelto lanzar un ataque frontal.
Korbih había resuelto también otro problema: la crónica indisciplina de sus tropas. Ahora se veían avanzar en compactas filas, regularmente constituidas en lo que parecían compañías y batallones. Kary torció el gesto; la batalla no iba a resultar fácil precisamente.
Los truwolitas acudieron inmediatamente a la orilla del foso. Hombres v mujeres aprestaron sus arcos, capaces de conseguir que las flechas atravesaran el precipicio sin dificultad.
Kary dio orden de incendiar el puente. Le dolía hacerlo, pero no había otra solución. Una hora después, el foso incomunicaba de nuevo el país de Truwol.
Durante el resto del día, las tropas de Skyador se preocuparon de entrar en posición, a prudente distancia del foso. Las máquinas quedaban muy atrás. Kary pensó que resultaría muy conveniente incendiarlas, pero no disponía de medios para hacerlo.
A la mañana siguiente, poco después de amanecer, miles de guerreros avanzaron hacia el foso. Todos ellos iban equipados con sus escopetas de dos cañones. Silbaron las primeras flechas, pero rebotaron inofensivamente en las corazas de recio cuero que ahora usaban los atacantes.
Kary torció el gesto. Una larguísima hilera de mil soldados se situó a orillas del foso, rodilla en tierra. Mil soldados más se colocaron a

continuación, de- pie.
De pronto, dos mil escopetas dispararon a la vez. Kary observó que los tiradores disparaban con el arma ligeramente inclinada hacia arriba, lo que mejoraba su alcance. Cientos de truwolitas cayeron heridos o muertos en aquella primera descarga de cuatro mil proyectiles.
Inmediatamente, las dos filas se retiraron, para dejar paso a otras dos, que repitieron la operación, en una maniobra perfectamente ensayada. En menos de media hora, la orilla interior del foso quedó completamente despejada.
La maniobra de avance, disparo y retirada se repetía ininterrumpidamente. Los proyectiles de los atacantes alcanzaban ahora fácilmente los doscientos cincuenta o trescientos metros, distancia a la que no llegaban con precisión las flechas de los truwolitas.
La consternación era general, aunque todavía no se había producido una situación de desfondamiento, debido a que los skvadoritas no habían conseguido todavía franquear el foso. Pero, de repente, las máquinas de guerra iniciaron su avance.
Korbih había planteado inteligentemente su estrategia. Sabía que había un puente en Truwol y que sería destruido. Pero las balas de su fusilería habían limpiado de enemigos el borde del foso. Ahora, sus ingenieros podrían trabajar con toda facilidad.
Las máquinas se situaron a menos de diez metros del foso. Kary observó que eran altos castilletes, provistos de un singular sistema de poleas, cuyo objeto tardó algunos momentos en comprender.
De repente, una larga plancha de recios tablones empezó a avanzar sobre el abismo.
—Un puente telescópico —exclamó, atónito.
Nadie podría evitar el paso de los atacantes, cuyos fusileros hacían ahora disparos intermitentes, evitando así un posible contraataque de los truwolitas. El puente tenía una anchura máxima de cuatro metros. Por allí irrumpirían los guerreros skyadoritas.
El resultado era fácilmente imaginable: los habitantes de Truwol serían pasados a cuchillo.
Pero, de repente, Kary recordó algo que había olvidado.
—¡Los carros con los espejos! —gritó,

* * *

Eran pocos todavía, media docena a lo sumo, pero era también el único recurso de que disponían. Si no conseguían evitar el paso del abismo, la catástrofe era segura.
Los carros eran grandes, de recia estructura y ruedas de más de dos metros de diámetro. Sobre su plataforma llevaban un andamiaje en el

que estaban situados los espejos, debidamente sujetos y con un trazado ligeramente convergente.
En realidad, eran unos espejos cóncavos, cuyo foco estaba situado a unos trescientos metros. Kary ordenó emplazar los dos primeros.
La estructura que sostenía los espejos podía hacerse girar en la dirección adecuada, mediante un sencillo sistema de ruedas y palancas. Kary calculó la altura del sol y luego movió el primer espejo.
Al otro lado, Korbih preocupado, contemplaba aquel arma desconocida. De repente, un terrible chorro de fuego blanco partió del primer espejo.
Los hombres que trabajaban en el castillete lanzaron horrendos alaridos. Algunos resultaron abrasados instantáneamente. Los demás, con diversas quemaduras, escaparon en el acto.
El castillete ardió cinco minutos después. Korbih lanzó una espantosa imprecación.
—Disparad, disparad.
Varios millares de fusileros avanzaron hacia la orilla del foso y concentraron sus disparos en el espejo tras el cual se hallaba Kary. Las planchas brillantes saltaron en mil pedazos.
—¡El segundo puente! —ordenó Kary.
Pero, entonces, el otro espejo, algo más lejos, disparó también sus ardientes rayos. Sholo, Ubohr y algunos otros se ocupaban de su manejo y recorrieron la orilla opuesta con el concentrado reflejo de los rayos solares.
La desbandada de los atacantes fue instantánea. Un intolerable rayo de calor tocó el cuerpo de Korbih, quien, durante unos segundos, se sintió morir.
Había cuatro espejos más y fueron utilizados despiadadamente contra los atacantes. El terror se apoderó de los skyadoritas, quienes se daban cuenta de que no podían luchar contra un arma de efectos tan espantosos. Kary había hecho situar los espejos fuera del alcance de las balas enemigas y ahora podía utilizarlos sin riesgo de perderlos.
Al atardecer, abatidos y desmoralizados, los skyadoritas emprendieron la retirada.
—¡Estamos salvados! —gritó Thanit, entusiasmada.
—Todavía no —contradijo Kary—. Estoy seguro de que Korbih buscará otro medio para continuar la guerra. Y mientras no acabemos de una vez con sus ímpetus bélicos, no habrá paz en Sgamor.

CAPÍTULO XII

Aquella noche se celebró un reducido consejo de guerra en casa de Thanit.
Kary quiso conocer la opinión de Nuymé sobre los habitantes de

Skyador que no pertenecían al ejército.
—Podrían levantarse, si se vieran ayudados desde el exterior —contestó la joven, tras reflexionar unos momentos.
—Han sido pacíficos, a la fuerza, claro, durante mucho tiempo —añadió Ubohr—. Pero estimo que es inevitable que un día u otro acaben sublevándose contra el actual estado de cosas.
—Estamos hartos de trabajar para los parásitos —manifestó Nuymé—, Y no sólo trabajábamos, sino que...
—No sigas, sé lo que sucedía —cortó Kary—. Nuymé, Ubohr, ¿os atreveríais a volver a la ciudad?
—¿Qué es lo que hemos de hacer? —preguntó el skyadorita.
—Vamos a atacar la ciudad, mañana no, por supuesto. Pero quiero tener la seguridad de que nuestro ataque coincidirá con la sublevación de los habitantes que no pertenecen a la casta de los guerreros.
—Creo que te entiendo —dijo Ubohr—. Tratas de decimos que nosotros hemos de encargarnos de preparar la rebelión.
—Exactamente. No puedo predecir cuándo se realizará el ataque, pero sí debes decir a todos los que quieran sublevarse, que deberán hacerlo cuando nos vean frente a las murallas.
—Hay algo en lo que, sin duda, no has pensado: el río.
Kary sonrió.
—En efecto, es una buena defensa. Pero la salvaremos fácilmente.
—¿Cómo? —quiso saber Nuymé.
Kary volvió la cabeza hacia el padre de Thanit.
—Al-Datt, tú eres hombre influyente en tu país. Haz que se reúna el consejo de gobierno. Necesito mil hombres con herramientas y cien más que se preocupen de alimentarnos mientras trabajamos.
—¿Trabajar? ¿Dónde? —preguntó Al-Datt.
Kary explicó su idea. Al-Datt la aprobó con vigorosos movimientos de cabeza.
—Es una buena idea. No se nos había ocurrido —confesó.
—Nosotros la pondremos en práctica. Thanit, tú te ocuparás de construir más espejos, de tamaño mucho mayor, según el diseño que yo te dejaré hecho.
—De acuerdo. Pero tendremos que reconstruir la pasarela...
—Cierto. Sin embargo, será preciso mantener un servicio de vigilancia constante, con patrullas a suficiente distancia para informar de cualquier posible ataque enemigo con tiempo para la retirada. Imagino que Korbih estará ideando un nuevo plan para otra ofensiva, pero, con suerte, nosotros atacaremos primero.
—Quizá ha desistido ya... —empezó a decir Al-Datt, pero Kary le contradijo:
—No. Korbih ha sufrido ya una serie de graves reveses y sabe que su prestigio ha disminuido considerablemente. Incluso se sabe ya que

Ixelya ha huido, por no estar de acuerdo con su política de sangre y muerte. Ahora tiene que seguir guerreando, para triunfar, lo que le concedería la seguridad de seguir oprimiendo a los demás... o para morir.
—Es un razonamiento muy lógico —concordó Al-Datt—. Reuniré mañana al consejo.
—Nuymé y yo nos ocuparemos de preparar la rebelión —afirmó Ubohr.

* * *

Los mil hombres llegaron a las orillas del lago y se pusieron a trabajar inmediatamente, bajo la dirección de Kary.
El ánimo de los truwolitas era muy elevado, sobre todo cuando comprendieron las intenciones de su improvisado jefe. Una semana después de iniciados los trabajos, las aguas del lago empezaron a escapar a raudales por la nueva brecha.
A continuación, empezaron a tapar el antiguo desagüe, a base de lanzar grandes rocas sobre su lecho. El descenso de nivel de las aguas del lago contribuyó notablemente a la tarea. Cuatro días después, el lecho del río quedaba completamente seco.
Entonces, Kary y sus hombres, ahora cazadores nuevamente, iniciaron el descenso hacia la ciudad, para converger sobre el punto de asalto al mismo tiempo que el resto de los truwolitas.
En Skyador, Korbih había ideado nuevas máquinas de guerra. Sus ingenieros trabajaban activamente en la construcción de gigantescas catapultas que lanzarían millares de proyectiles al mismo tiempo. La maquinaria de los puentes fue reforzada con un colosal escudo de piedra, que permitiría resistir fácilmente los rayos concentrados de los espejos.
Entonces fue cuando alguien trajo una noticia alarmante:
—¡El río desciende de nivel!
Miles y miles de truwolitas serpenteaban por los caminos que conducían a la ciudad. En el interior de la misma, sus habitantes aguardaban pacientemente el momento de lanzarse al ataque.
Kary y sus hombres dieron vista a las murallas de troncos. Acamparon en un lugar protegido de las vistas enemigas y aguardaron la llegada de los restantes atacantes.
El descenso del río era casi absoluto. Solamente corría un hilillo de agua por el antiguo cauce, debido a algunos afluentes de escaso caudal. El paso de aquella antigua defensa resultaría facilísimo.
Kary no descuidaba la vigilancia en ningún momento. Estableció un fuerte cordón de centinelas en torno al campamento, prohibió las hogueras durante la noche e impuso un silencio casi absoluto. Una semana más tarde, una de las patrullas anunció que se acercaba una

mujer.
Era Thanit.
Kary corrió a su encuentro. Ella le abrazó apasionadamente.
—Veinte carros con espejos están ya en camino —anunció.
—Es una excelente noticia —calificó Kary—. ¿Estás cansada?
—En absoluto, querido.
—Bien, acompáñame. Quiero examinar el terreno para estar preparado cuando lancemos el ataque final.
Ella le siguió dócilmente. Acompañados de unos cuantos cazadores de ambos sexos, llegaron a lo alto de una loma situada a unos tres kilómetros del campamento y uno de la ciudad.
Dos docenas de jinetes enemigos surgieron de pronto ante ellos. Los skyadoritas lanzaron un alarido de júbilo, a la vez que se arrojaban contra sus adversarios.
—¡Huye, Thanit! —gritó Kary, a la vez que se disponía a defenderse con una espada capturada hacía tiempo.
Pero la carga de los skyadoritas era irresistible. Primero dispararon sus escopetas, con lo que más de la mitad de sus enemigos quedaron tendidos en el terreno instantáneamente. Kary sintió una aguda quemadura en el brazo izquierdo, aunque muy pronto se dio cuenta de que no era una herida de gravedad.
Los supervivientes se defendieron enconadamente, pero fueron cayendo uno a uno. De pronto, varios jinetes rodearon a Kary y a Thanit.
—¡Tirad las armas! —gritó.
Kary se vio rodeado de enemigos. Toda defensa era imposible.
Su espada cayó al suelo, lo mismo que el arco de Thanit. Súbitamente, un guerrero saltó al suelo y corrió hacia ellos, con la espada en alto.
—¡Voy a mataros! —gritó.
Kary se vio perdido.
—¡Tillos Lar! —exclamó.
—El mismo —confirmó el skyadorita, con perversa sonrisa.
Y cuando ya se disponía a descargar un golpe fatal, sonó una orden:
—¡Alto! ¡Párate, Tillos!
El guerrero se volvió, terriblemente furioso.
—Son mis enemigos.
Un jinete se apeó.
—Ahora son prisioneros —dijo—. A Korbih le gustará mucho conversar con ellos.
—Capitán, olvidas que soy primo de Ixelya —exclamó Tillos orgullosamente.
—Ixelva ya no es ni representa nada en Skyador —se burló el oficial —. Nuestro jefe es Korbih... y como ya no te quedan orejas para

poderlas cortar, podría ser que te cortase el cuello, si no obedeces mis órdenes.
Tillos envainó la espada, dominando difícilmente la furia que sentía.
—Puede que ahora sea uno de tantos —dijo—, pero tengo los mismos derechos que los demás, Y si pido la vida del prisionero, Korbih me la concederá.
—A ella la dejarás libre, supongo —habló Kary.
Tillos se volvió hacia el terrestre, sonriendo torvamente.
—Será mi esclava favorita —contestó, con un tono que puso hielo en las venas de la muchacha.
Dos de los guerreros ataron las manos de los cautivos. El jefe de la patrulla ordenó reanudar la marcha inmediatamente.
Con el rabillo del ojo, Kary vio movimiento en los caídos. Un poco más adelante, se volvió.
Había un superviviente y se arrastraba cautelosamente. Kary respiró aliviado; al menos, quedaba alguien que podría dar la noticia de su captura.

* * *

Los ojos de Korbih-Dtor escrutaron penetrantemente los rostros de sus prisioneros.
—Así que tú eres el extranjero que ha enseñado a pelear a los truwolitas —dijo, después de un largo silencio.
—Los truwolitas sabían pelear antes de que yo llegase a Sgainor. Lo único que quieren es vivir en paz y dejar de ser presa de tus soldados.
Korbih sonrió desdeñosamente.
—Nosotros, los guerreros, somos los únicos dueños de Sgamor —respondió—. Las vidas de todos los demás, humanos o bestias, nos pertenecen.
—No entraré en discusiones contigo —respondió Kary—. Sólo deseo saber qué piensas hacer con nosotros.
—Eres un hombre audaz y muy inteligente. Con nosotros podrías prosperar si quisieras. Has construido máquinas para los hombres de Truwol. Pero me imagino que no querrás colaborar con nosotros.
—Has acertado. No puedo ayudar a quienes no sienten el menor aprecio por la vida de sus semejantes.
—Me lo suponía. A decir verdad, te lo consulté por pura fórmula. —Korbih, sentado en un sillón de escasa comodidad, adelantó la barbilla y la apoyó en una de sus manos—. ¿De dónde vienes, extranjero?
—De un planeta que está muy lejos de aquí. Nuestra raza corre peligro de extinción. Yo soy un explorador que busca espacio para los que quieren sobrevivir.
—Sgamor es muy grande y hay sitio de sobra, en efecto. Podríamos admitir extranjeros..., pero, para que vinieran, sería preciso que tú

volvieses a tu planeta.
—Si me matas, no volveré.
Korbih sonrió.
—Puedes volver —dijo—. La elección depende de ti.
Kary contuvo el aliento.
Astutamente, Korbih le había planteado un dilema con dos alternativas. El debía elegir... morir por los truwolitas o vivir para el regreso a la Tierra, como era su deber. Pero ¿qué pasaría con los sgamorianos, de uno y otro país, que sólo querían vivir pacíficamente? Y los terrestres que llegasen, ¿no serían atacados y saqueados por los feroces guerreros de Korbih?
De la Tierra habían partido veinte naves. ¿Era preciso suponer que todas sus tripulaciones habían muerto, como había sucedido en la astronave número 7?
— De repente, decidió ganar tiempo.
—No puedo contestarte ahora —dijo, tras unos segundos de reflexión —. Dame algunas horas para meditar mi respuesta.
—Sólo hasta mañana —sentenció Korbih.

CAPÍTULO XIII

—¿Es que se te ha ocurrido algún plan? —preguntó Thanit, apenas estuvieron en su encierro.
—De momento, no; sólo quiero ganar tiempo, tal como he dicho a Korbih. Pero puede que entretanto ocurran cosas.
—¿Por ejemplo...?
—Hemos pasado por delante de la fonda de Nuymé. Tengo la sensación de que ella o Ubohr nos han visto desde una de las ventanas del piso alto. Quizá decidan hacer algo en nuestro favor.
Thanit sonrió tristemente.
—Si no es así, lo pasaremos mal —dijo, a la vez que contemplaba la reciedumbre de los troncos que formaban las paredes de su encierro.
—Lo sé, pero, de momento, tuvimos la suerte de ser capturados por un capitán en el que han surtido bastante efecto las ideas de disciplina que Korbih ha conseguido inculcar en su ejército. También es una suerte que consideren depuesta a Ixelya. Tillos ya no es más que un simple soldado y ha tenido que resignarse a obedecer las órdenes de su capitán. En otra ocasión cualquiera, ya estaríamos muertos.
—Tienes razón —convino ella—. Todavía hay esperanzas.
—Sobre todo, si tenemos en cuenta que hubo un superviviente y que consiguió escapar, sin ser advertido por nuestros captores.
—¿Lo viste tú? —exclamó Thanit.
—Sí. Ellos no lo advirtieron, repito. Pero hay algo que no entiendo.
—Dime, Ron.

—Tillos dijo que podía reclamar mi vida. ¿Qué significa eso?
—Simplemente, te retaría a un duelo a muerte.
—¿Con espada?
—Seguramente. Los guerreros son todos buenos esgrimidores.
Kary se sintió preocupado.
—Eso es algo que no enseñan a un explorador espacial —dijo.
—¿Por qué?
—Sólo nos enseñan a defendernos, si somos atacados, y para eso llevamos armas muy superiores a una simple espada.
—Es preocupante, en efecto —convino la muchacha—. Korbih accederá al duelo, si tú rechazas sus proposiciones. Así, se divertirán y tú morirás.
—Debí haber aprendido esgrima...
—¿Con nosotros? Ni lo sueñes —dijo Thanit—. Nunca hemos aprendido el manejo de la espada. Otra cosa sería si se tratase de un duelo a cuchillo, pero, claro, Tillos no te va a conceder esa ventaja.
—Lógico —convino él.
El calabozo estaba absolutamente desprovisto de muebles. Kary se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la pared.
—Ven, Thanit.
—Puede que ésta sea nuestra última noche, Ron —murmuró.
—¿Por qué? Tú puedes vivir...
—Sin ti, la vida no me ofrece ningún incentivo. Y menos todavía, teniendo que ser la esclava de ese miserable desorejado.
De repente, en medio de la oscuridad, no les habían proporcionado luz, Kary despertó al oír un tenue ruidito sobre su cabeza.
Inmediatameñte, se despabiló. El ruido era semejante al rechinar de un objeto que frotase con cierta fuerza contra otro, aunque, de momento, no lograba identificarlo.
De pronto, una voz bajó de lo alto:
—¡Ron! ¿Estáis ahí?
Karv contuvo a duras penas el vehemente deseó que sentía de lanzar un grito de alegría. Agitó a Thanit para despertarla y le tapó la boca con una mano.
—Aquí estamos, Ubohr —dijo.
Thanit abrió los ojos desmesuradamente. Segundos más tarde, oyeron el característico sonido de una sierra al cortar la madera.
Una cuerda descendió de lo alto.
—Vamos, aprisa —siseó Ubohr.
Thanit se agarró a la cuerda, que la subió arriba en unos instantes. Dos pares de manos la ayudaron a pasar a la habitación superior.
De repente, se abrió la puerta.
Karv se volvió. Un hombre, armado con una espada, apareció en el umbral.

Era Tillos.

* * *

El guerrero se dio cuenta en el acto de lo que sucedía. Karv adivinó igualmente los motivos de la presencia de Tillos en aquel lugar.
Tillos lanzó un rugido de ira y se abalanzó contra Kary, tirándole una feroz estocada. Kary apenas si tuvo tiempo de saltar á un lado. El acero pasó rozándole el estómago.
Tillos se revolvió, jurando como un poseído. De repente, algo cayó del techo y rodeó su cuello.
Ubohr tiró de la cuerda. Tillos pataleó espantosamente al sentirse elevado en el aire. Dos pares de manos ayudaron a Ubohr en su macabra tarea.
Kary se precipitó hacia la puerta y la cerró. Luego agarró la espada caída en el suelo. Tillos tenía las manos muy ocupadas en la cuerda que le ceñía el cuello.
De pronto, Ubohr dio una orden a las mujeres:
—Soltad la cuerda.
Pero él no soltó. Tillos estaba a tres metros del suelo y cayó a plomo. Ubohr sostuvo la cuerda con fuerza. Se oyó un seco chasquido. Los movimientos de Tillos cesaron, cuando sus vértebras se partieron en la brusca caída, detenida a unos centímetros del suelo.
Thanit se asomó ansiosamente a la abertura.
—Vamos, Ron, sube, pronto.
Seis manos tiraron de la cuerda. Instantes después, Kary se hallaba en la habitación superior.
—Esto me parece un milagro —dijo, sonriendo.
—Te vimos pasar por delante de mi casa —declaró Nuymé—. Entonces yo me acordé de la idea que habías tenido para libertar a Ixelya.
—Y buscaste barrenas y sierras.
—Justamente —dijo Ubohr—. A mí sólo me quedó enterarme del lugar en que estabais encerrados,..
—Me parece que sería más conveniente continuar las explicaciones en otro lugar más seguro —indicó Thanit.
Kary se echó a reír.
—Tienes razón, hermosa. Vamos, Ubohr, guíanos —dijo.
—Por aquí —dijo Ubohr.
Kary y las dos mujeres siguieron al antiguo oficial. Ubohr les condujo cautelosamente hasta un punto de la muralla, en donde los centinelas se hallaban muy separados.
Ubohr se agachó. Momentos después, separaba un fragmento de tronco de unos cincuenta centímetros de altura.
—Venía todas las noches, hasta que lo tuve listo —explicó—. Uno no

sabe nunca cuándo puede necesitar una vía de escape que no conozcan los demás.
—Es una idea excelente —aprobó Kary—, pero, dime, ¿qué hay de la misión que os confié?
Nuymé adelantó un paso, muy orgullosa.
—Todos los que no son guerreros están de acuerdo en sublevarse cuando los truwolitas inicien su ataque —dijo.
—El secreto estará bien guardado, supongo.
—Puedes estar seguro de que ni Korbih ni ninguno de sus secuaces están enterados de lo que se planea.
—Está bien, no se hable más. ¡Vamos!
—Esto ha preocupado mucho a Korbih, puedo asegurártelo —dijo, cuando ya pasaban al otro lado.
—¿Habrá escasez de agua en la ciudad?
—Para beber, no, por supuesto. Pero Korbih sabe que el río ya no es un obstáculo para los atacantes. Ahora, me imagino, debe de estar preguntándose en qué forma se va a desencadenar el ataque.
—No tardará mucho en saberlo —sonrió Kary.

* * *

Desde lo alto de la loma, pudieron ver el avance del ejército truwolita.
Centenares de cazadores, hombres y mujeres, tiraban de los carros que transportaban los espejos cóncavos. Cantaban una canción rítmica, de pocas variaciones tonales, bárbara y salvaje, pero grandiosa e impresionante a un tiempo, como un himno de guerra. Junto a los carros, miles y miles de seres que sólo querían vivir en paz, marchaban al combate.
Una patrulla de skyadoritas montados apareció de pronto, en misión de exploración del terreno. De repente, se vieron atacados por los flancos y retaguardia.
Las flechas truwolitas atravesaron los costados y las espaldas de los jinetes. Korbih, apreció Kary, no había tenido la precaución de acorazar por completo el cuerpo de sus soldados. Además, los truwolitas, hábiles flecheros, habían aprendido a apuntar al cuello de sus adversarios.
Los skyadoritas quedaron tendidos sobre el terreno. Sus monturas fueron asimismo muertas. En la ciudad, nadie debía conocer la aproximación de aquel ejército, hasta que fuese demasiado tarde.
Los truwolitas reanudaron su marcha. Acamparon al anochecer y continuaron pocas horas más tarde, cuando todavía había tinieblas.
Al hacerse de día, iniciaron el cruce del río casi seco.
De repente, las puertas de la muralla se abrieron. Cientos de jinetes salieron al galope, aullando ferozmente, para cargar sobre los atacantes.

Entonces, los mil hombres que habían trabajado en la desviación del río, atacaron por el flanco, lejos del alcance de las escopetas. Derribaron primero a los caballos de cabeza felina y luego se ensañaron con los jinetes desmontados.
Cientos de cadáveres de hombres y bestias quedaron tendidos sobre el suelo. Los supervivientes, perdida buena parte de su agresividad inicial, escaparon para situarse al abrigo de las murallas.
Mientras, los encargados de los espejos situaban los carros en posición. Kary, a pesar de todo, quiso hacer una última intentona.
—Dadme un palo y una rama —pidió.
Thanit comprendió sus intenciones.
—¡No vayas! —pidió—. Korbih no respetará a un parlamentario. A ti no te considera como guerrero...
—A pesar de todo, debo hacerlo.
Momentos más tarde, Kary, enarbolando aquel singular emblema de paz, se acercaba a la muralla. En su fuero interno, no se sentía muy seguro; bastaría una orden de Korbih, para que decenas de escopetas le acribillasen a balazos.
Extrañamente, Korbih decidió parlamentar y envió al mismo oficial que había capturado a la pareja.
—¿Deseas algo? —preguntó el skyadorita, al hallarse frente a Kary.
—Me gustaría hablar con tu general, pero ya me imagino que él no se rebajará a una conversación conmigo —dijo Kary.
—Lo que tengas que decir, dímelo a mí. Yo se lo transmitiré.
—Está bien —contestó Kary—. Sólo deseo que Korbih reflexione un poco antes de la batalla final. Vuestra hora ha pasado ya; nunca podréis continuar más como hasta ahora. Habéis cometido demasiadas tropelías, para que los oprimidos no se sientan ya más que hartos y dispuestos a todo, incluso a morir antes que continuar en esta situación. Jamás os atacaron los truwolitas, pero vosotros considerasteis siempre que cualquier persona de ese país era sólo una pieza de caza más y no un ser humano. Los habitantes de la ciudad piensan lo mismo; habéis vivido parasitariamente a expensas de ellos, pero igualmente se han hartado. Háblale así a tu general, exponle nuestro pensamiento y dile que recapacite antes de lanzarse a una batalla que sólo muertes puede producir y que yo desearía evitar a toda costa.
El oficial parecía impresionado por aquellas palabras.
—Así se lo diré —manifestó—. Pero, suponiendo que Korbih-Dtor decidiese la paz, ¿cuáles serían vuestras condiciones?
—Desarme general e igualdad absoluta entre todos los skyadoritas, quienes se reunirían para nombrar un gobierno propio, del cual, durante un largo período de tiempo, estarían excluidos los guerreros, hasta que hubieran demostrado sobradamente con sus actos su

voluntad de trabajar por el bien común. Y, por supuesto, respeto absoluto no sólo a la integridad de los truwolitas, sino a los límites de su país.
—¿Qué ocurrirá si Korbih-Dtor no acepta esas condiciones?
—Lucha a muerte. No habrá cuartel.
Hubo un momento de silencio. Luego, el oficial dijo melancólicamente:
—En el fondo, te comprendo. Los viejos tiempos han pasado ya. Pero no se puede vivir eternamente sin cambiar. Transmitiré tu mensaje puntualmente al general, te lo aseguro.
—Eres un buen hombre. Quédate con nosotros después de que hayas hablado con Korbih.
—No quiero quebrantar mi lealtad...
—¿Lealtad a un asesino? Mató al padre de Ixelya para dominarla a ella primero, pero cuando Ixelya abandonó la ciudad, él se erigió en jefe. ¿Cómo puedes ser leal a un sujeto de esa calaña?
—No soy leal a Korbih, sino a mis compañeros. Pero tus palabras son razonables. Ahora habrá consejo de guerra. Hablaré como tú. Quizá mis compañeros decidan la paz.
Kary sonrió.
—Buena suerte, amigo...
—Snard-O —dijo el oficial, a la vez que, espontáneamente, ponía una mano en el pecho del terrestre—. Haré lo que pueda, Ron Kary.
Kary saludó de la misma manera. Luego, Snard-O dio media vuelta y regresó a la ciudad.
El terrestre se reunió con sus amigos. Reinaba un silencio casi sepulcral.
—¿Crees que Snard-O convencerá a los demás oficiales de la necesidad de negociar la paz? —preguntó Thanit al cabo de un rato.
—Le he visto muy impresionado, pero sólo es un capitán. La dificultad estriba en que no he podido hablar con todos los oficiales; quizá, de este modo, habría logrado mejores resultados.
—Korbih es muy obstinado —intervino Ixelya—. No cederá.
Ixelya tenía razón. Al escuchar el mensaje transmitido por Snard-O, Korbih había lanzado una estentórea carcajada:
—¿Negociar? ¿Negociar yo con esos brutos? Capitán, ¿cómo has podido creer ni por un momento que aceptaría pactar con esa cuadrilla de bestias de dos patas?
—Es necesario, señor —dijo Snard-O—. Muchas vidas se perderán...
—Un guerreo skyadorita ha nacido para matar y morir, no lo olvides, capitán.
—¿Dirás lo mismo en el consejo de guerra que, reglamentariamente, ha de reunirse antes de la batalla?
Korbih lanzó una mirada atravesada a su subordinado.
—No habrá consejo de guerra —contestó.

—Convocaré el consejo de guerra ahora mismo y acataré la decisión que se tome de común acuerdo —anunció—. Pero no olvides, señor, que si nosotros te aceptamos como general, también podemos deponerte.

Snard-O giró sobre sus talones. Cometió una terrible imprudencia. Lo supo cuando vio que la punta de una espada asomaba por su pecho, después de haberle atravesado el cuerpo de parte a parte.

Un cuarto de hora más tarde, Kary y sus acompañantes vieron a un pelotón de jinetes que salían al galope de la ciudad. Los guerreros se acercaron a unos cien metros del grupo. Kary se dio cuenta de que uno de los caballos transportaba un cuerpo atravesado sobre sus lomos.

Un jinete tiró el cuerpo al suelo. Acto seguido gritó:

—¡Ahí tenéis nuestra respuesta!

Los guerreros volvieron grupas rápidamente. Kary corrió hacia el caído.

—¡Snard-O! —exclamó, consternado.

—Esto significa la guerra —dijo Ixelya, abrumada por la muerte del oficial.

—Hasta el final —concluyó Thanit lúgubremente.

CAPÍTULO XIV

La muralla se cubrió de soldados armados con sus singulares escopetas de aire comprimido.

Sonó una descarga general. Miles de escopetas, disparando a la vez, hacían bastante ruido. Pero las balas, aun proyectadas con la inclinación máxima favorable, no alcanzaban ni de lejos a los atacantes. Korbih empezó a preocuparse, cuando vio que los truwolitas no daban señales de avanzar.

Temía a los espejos, pero suponía que debían acercarlos más para dañar la muralla, tal como había sucedido cuando intentaron pasar el foso. Pero ahora los espejos estaban a poco menos de medio kilómetro y los proyectiles no llegaban tan lejos.

Kary dio una orden. Veinte sistemas de espejos cóncavos enfocaron sus rayos a la vez contra veinte puntos de la muralla.

Las primeras descargas solares fueron lanzadas contra la base del parapeto. A los pocos minutos, se vieron algunas llamas.

Luego, Kary hizo que los espejos se elevaran un poco. Girando lentamente, barrieron con sus devastadores rayos el borde del parapeto. Los guerreros aullaron ferozmente al sentir en sus caras las quemaduras contra las que no tenían defensa posible.

Korbih enloquecía de furor. De repente, dio una orden.

—¡Es preciso destruir esos espejos al precio que sea! —vociferó.

Un par de millares de jinetes se dispusieron a asaltar el campo enemigo. Media docena de puertas se abrieron simultáneamente.
Los flecheros truwolitas ocuparon sus puestos al ver salir a los primeros jinetes, Kary había previsto ya una eventualidad semejante y tenía planeada la acción.
Las columnas de jinetes cargaron contra los espejos. Súbitamente, estalló a sus espaldas un clamoreo general, pero ninguno de ellos volvió la cabeza.
Sorprendido, Korbih vio que miles y miles de ciudadanos hasta ahora inofensivos se lanzaban al ataque, empuñando toda clase de armas. Los primeros combates cuerpo a cuerpo se trabaron, mientras la muralla humeaba y ardía por numerosos puntos.
Korbih comprendió, pero ya era demasiado tarde, el significado del mensaje transmitido por Snard-O. Amargamente, contempló la derrota de sus jinetes.
Dos grupos de flecheros, de unos mil cada uno, surgieron por los flancos de los jinetes, Los truwolitas poseían una puntería terrible; cada flecha alcanzaba un blanco, humano o no. Y las corazas que Korbih había ideado sólo protegían la parte delantera del cuerpo.
Los jinetes empezaron a caer. Algunos, fanáticos hasta el final, continuaron a pie, disparando sus escopetas contra los espejos. Varios de éstos resultaron dañados seriamente, pero ya no podían conseguir mucho más.
Mientras tanto, dentro de la ciudad, se habían trabado una serie de feroces combates, en los que no se daba ni pedía cuartel. Poco a poco, los sublevados conseguían apoderarse de armas que hasta entonces les habían estado prohibidas.
Gran parte de la muralla ardía en pompa, con enormes llamaradas. En otros puntos, los guerreros que la defendían eran lanzados al espacio. Decenas de cuerpos se estrellaron contra el suelo. El odio y el rencor acumulado durante años de opresión, estallaban ahora con implacable violencia.
Los jinetes que habían efectuado la salida eran cada vez menos. Kary ordenó girar los espejos contra ellos. Sonaron unos horribles chillidos, cuando los soldados se sintieron arder literalmente, al recibir en su cuerpo los concentrados rayos de un sol, para el que no tenían defensa posible.
Korbih presintió la derrota. El aire se hacía casi irrespirable, estaba lleno de humo y de pavesas procedentes del incendio.
Junto a él, media docena de oficiales le contemplaban expectantemente, aguardando su decisión. De pronto, Korbih se volvió hacia ellos.
—Hemos sido derrotados —admitió llanamente—. Sin embargo, no quiero sobrevivir en estas condiciones. El que lo desee, sin embargo,

puede rendirse.
Dos o tres, prudentes, comprendieron que toda resistencia estaba condenada al fracaso. Los otros siguieron a su general.
Korbih abandonó el observatorio, situado en una torre de la muralla. Lo hizo a tiempo, porque, unos segundos después, surgieron las primeras llamas en la base de la torre.
Repentinamente, estalló un violento griterío en las inmediaciones.
Korbih y sus acompañantes se volvieron. Un nutrido grupo de sublevados corría hacia ellos. Muchos empuñaban ya espadas capturadas a los soldados muertos.
Tres o cuatro escopetas dispararon y derribaron a varios de los atacantes. Pero el resto cayó sobre el grupo antes de que sus componentes pudieran recargar las armas.
Korbih se defendió encarnizadamente. El número, sin embargo, acabó por imponerse.
Segundos más tarde, cuatro cuerpos irreconocibles yacían en el suelo. Alguien gritó:
—¡Anunciad por todas partes que Korbih ya está muerto!
El grupo se dispersó. Los soldados que aún combatían oyeron el anuncio y se sintieron desmoralizados. Inmediatamente, empezaron a rendirse.
—¡Korbih ha muerto! —era el grito general que sonaba por todas partes.
Los rebeldes empezaron a salir. Gritaban jubilosamente. La batalla estaba ganada.
—Ixelya —se volvió hacia la joven—, el resto que queda por hacer es cosa tuya.
Ella asintió. A su lado, Sholo, retenía firmemente una de sus manos.
Kary captó el detalle y sonrió:
—Ayudada por Sholo, naturalmente.
—Es hora de empezar —dijo Ixelya.
Y avanzó hacia la ciudad, rodeada de las aclamaciones de todos cuantos se hallaban en sus proximidades.
—¿He sido yo el culpable? —murmuró.
Thanit se le acercó, sonriendo afectuosamente.
—No, tú no tienes la culpa de nada. En todo caso, somos nosotros los que hemos de sentir agradecimiento hacia ti, por habernos ayudado a acabar con una situación de opresión e injusticia. Tarde o temprano, habría sucedido lo que ahora acaba de suceder. Y quizá los muertos habrían sido en mucho mayor número. Pero ahora reinará la paz en Sgamor... ¡para siempre!
—Ojalá sea así —suspiró él.
Se volvió hacia Al-Datt.
—Será preciso hacer que el río corra nuevamente por su antiguo

cauce. Ya no debe seguir siendo una barrera de separación, sino una corriente de vida —dijo.
Al-Datt asintió.
—Hoy mismo empezaremos a trabajar —aseguró.
Thanit se encaró con el joven.
—Está bien —dijo—. Ya has terminado en Sgamor. Supongo que ahora querrás volver a tu planeta, Ron. ¿Me equivoco?
Kary atrajo a la muchacha.
—Sí, debo volver, pero no haré el viaje solo —respondió.

* * *

La ceremonia se celebró según las costumbres truwolitas. Además de los padres de Thanit, estaban Sholo, Ixelya y otros muchos, entre los que no podían faltar Ubohr y Nuymé.
Thanit avanzó hacia el terrestre y puso una mano en su pecho.
—Yo, Thanit, me doy a ti, Ron, como tu esposa —dijo sencillamente.
—Yo, Ron, me doy a ti, Thanit, como tu esposo —recitó el terrestre.
—Para siempre, para toda la vida.
Karv repitió la frase. Las manos de ambos estaban apoyadas en los pechos respectivos. Sonrieron felices.
Apenas terminada la ceremonia, Kary y Thanit emprendieron la marcha hacia el lugar donde, meses antes, se habían conocido por primera vez. Varios días después, Kary hizo descender el bote auxiliar, en el que embarcaron para dirigirse a la nave.
No sólo tendría compañía —la más agradable compañía que se podría esperar—, sino que, además, durante los dieciocho meses que iba a durar el viaje, debía instruir a su esposa en muchas materias que le resultaban desconocidas.
Thanit resultó una alumna aventajada.
En el momento del desembarco, año y medio más tarde, eran tres los pasajeros de la astronave número 7.

* * *

El astropuerto parecía desierto. Apenas si había una docena de personas, que no mostraron demasiado interés por los recién llegados. Uno de los empleados se ofreció para llevar a la pareja y al niño a casa de los padres del esposo.
Kary observó que todo parecía absolutamente normal en la Tierra. Thanit contemplaba el paisaje con ojos muy abiertos. Todo era distinto a su mundo natal, pero también muy hermoso de ver.
A Kary, sin embargo, le extrañaba la normalidad que se advertía por todas partes. La temperatura era muy agradable, completamente distinta de la que él recordaba existía casi cuatro años antes, en el

momento de su partida.
En casa del ingeniero Kary hubo una enorme sorpresa. Tanto el ingeniero como su esposa se sintieron extraordinariamente contentos de saber que su hijo había vuelto, y no solo precisamente.
La señora Kary se sintió encantada de su nuera y de su nieto. Thanit ya no parecía la muchacha salvaje que Ron había encontrado años antes, en medio de un país desconocido, situado a muchos años luz de la Tierra.
—Pero no comprendo, papá —dijo Kary, después de las primeras efusiones—. Ahora deberíamos estar asfixiándonos de calor...
—Hubo un error en los cálculos, muchacho —contestó el ingeniero.
—¿Error? ¿A qué te refieres, papá?
—Se produjo un ligero aumento de la actividad solar. Como consecuencia de ello, aumentaron las temperaturas. Por supuesto, su diámetro aparente se hizo algo más grande.
—¿Y no lo supieron ver los astrónomos? —preguntó Kary, asombrado.
—Sus cálculos resultaron errados, porque fiaron demasiado en las máquinas.
—A ver, explícate, por favor.
—Es bien sencillo. Todos los cálculos sobre la nueva órbita en espiral que se había supuesto tomada por la Tierra, se efectuaron sobre la base del empleo de las computadoras construidas por la T. M. C., la Technical Machinery Computer. Veinte computadoras dieron el mismo resultado, pero veinte computadoras tenían el mismo defecto de fabricación.
Kary abrió la boca.
—¡Rayos! —exclamó.
—Eso es lo que sucedió, muchacho —sonrió el ingeniero Kary.
—¿Y quién lo descubrió?
—Yo. Tuve que hacer una revisión en una de esas computadoras y recibí, en una consulta, una respuesta que no parecía muy acorde con la pregunta que yo había formulado. Entonces me puse a investigar... y encontré el defecto. Recordarás que, además, la T. M. C. había sido la empresa que construyó las astronaves.
—Sí, por supuesto.
—Tuve muchos disgustos, pero salí adelante. A la T. M. C. no le interesaba tanto el descubrimiento de nuevos planetas, como la venta de sus productos. Trataron de hacerme callar, pero no lo consiguieron. Al final, logré hacer que me escucharan quienes debían.
—Creo que voy entendiendo, papá.
—Lo celebro, hijo. Algunos de los directivos de la T. M. C. serán ahora procesados por actos criminales. No olvidemos que las computadoras del sistema de hibernación de la nave eran también T. M. C.

—Fallaron esas máquinas. Diecinueve personas murieron —dijo Kary tristemente, pensando en Anya K'Tsongo y en dieciocho jóvenes más que no habían despertado de su sueño—. Pero yo conseguí sobrevivir —añadió poco después.
—Interesaba que uno viviera, para que explorase el espacio. A ti te tocó la china... de la buena suerte. Tu computadora debió de ser revisada a conciencia, no porque te llamases Kary, sino porque, simplemente, repito, te había correspondido vivir.
—¿Y las demás naves?
—Aún no han vuelto. No se sabe nada de ellas.
—Deberían fusilarlos —masculló Kary, pensando en los cientos de vidas perdidas por la codicia de unos cuantos.
—Hijo, no te preocupes de esos bandidos —recomendó el ingeniero Kary—. A ti te encomendaron una misión y la has cumplido. De sobra —añadió sonriendo al ver a su esposa y a Thanit embobadas con el chiquillo—. ¿Qué harás ahora, Ron?
Kary dudó unos instantes.
Luego volvió la vista hacia Thanit y su hijo.
—Ahora tendré que rendir mi informe sobre el viaje —contestó—. Thanit querrá conocer la Tierra. Pero sospecho que pronto empezará a sentir nostalgia de Sgamor.
—Sí, parece lógico.
—Allí hay mucho que hacer, papá. Tú y mamá sois jóvenes todavía. Es un mundo maravilloso y está en paz.
Los ojos del ingeniero brillaron.
—Creo que tu madre y yo iremos también a Sgamor —contestó.
Kary sonrió satisfecho.
Era un explorador espacial. Le habían encomendado una misión y la había cumplido.

FIN